

PRIMERA PARTE

DE LA

DOCTRINA CRISTIANA

EN QUE SE DECLARA

el Crédo y los Artículos de la Fé.

Viniendo á lo primero, decid: ¿quién dijo el Credo? -Los Apóstoles.

El Credo es una recopilación ó sumario de los principales Artículos de la Fé. Se llama *Credo de los Apóstoles*, porque estos primeros predicadores de la fé, antes de separarse á anunciarla en todo el mundo, queriendo establecer la perfecta uniformidad de creencia hasta en las palabras y expresiones, formaron este compendio.

¿Para qué? -Para informarnos en la santa fé.

Nada más á propósito que este divino compendio, para informar al cristiano en la fé. El es sencillo, dice San Agustín¹, para proporcionarse á la rudeza de los ignorantes; es corto, para facilitar su memoria; y es perfecto, para instruir plenamente. La fé compendiada en él, jamás se ha variado, aumentado ni disminuido. La iglesia en sus Concilios no ha hecho otra cosa que aclarar algunas verdades contenidas en él, y consagrar algunas palabras determinadas, para defenderlas de las herejías que se presentaban. El Credo ha sido, es y será hasta la consumación de los siglos la suma de nuestra fé. De aquí se sigue que todo cristiano está obligado á saberle, y con tanta exactitud que ni una sola palabra añadida, quite ó varíe, porque todo es esencial en él. Ni basta que le aprenda bien; debe también conocer las verdades que contiene, á lo menos de modo que pueda distinguir las del error. Sin esto, el Credo sería para él un libro el más hermoso, pero cerrado y sellado. El Credo es el mayor consuelo para los sencillos, que encuentran compendiado en él cuanto contienen de más esencial los libros santos que ellos no pueden leer: y es de la más dulce satisfacción y complacencia para los sabios, que ven reunido en él lo más esencial de cuanto han leído en las Santas Escrituras y aprendido en la tradición. ¡Gloria eterna sea dada al Padre de las luces, que inspiró á los Apóstoles este divino compendio, para informar á todos los fieles de todos los tiempos en la santa fé.

¹ Serm.115deTemp.

¿Y vos para que lo decís? -Para confesar esta fé que tenemos los cristianos.

El cristiano jamás puede negar la fé, ni alguna de sus verdades, ni tampoco dudar de ella sin hacerse reo del crimen de apostasía ó herejía; y además está obligado á confesarla siempre que por su silencio haya de padecer el honor de Dios, ó perjudicarse á sí mismo ó al prójimo. De aquí es que está obligado á confesarla: *Primero*, cuando es preguntado por autoridad pública, aunque su confesión le haya de costar la vida, como sucedía á los mártires: *Segundo*, cuando en su presencia son burlados los santos misterios ó profanadas impiamente las cosas sagradas: *Tercero*, cuando á su vista se ultrajan las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de los Santos ó sus reliquias: *Cuarto*, cuando vé á su prójimo titubear en la fé, y entonces está obligado además á confirmarla en ella, siempre que él mismo se sienta con suficiente valor para sufrir el martirio si fuese necesario: *Quinto*, cuando oye negar la fe ó alguna de sus verdades. En este caso y en el segundo y tercero, debe dar parte á la autoridad si el delincuente ó delincuentes son cristianos.

Aún en países en que se da libertad á los herejes, hay obligación de denunciar cuando se espera que se castigue al delincuente ó se atajen los daños, pero no habiendo tal esperanza, no hay aquella obligación. Con todo, si uno no conoce v. gr. por sus dichos, que un maestro es impío ó hereje, hay obligación de procurar que haga el menor daño posible, dándolo á conocer al Señor Párroco, y por otros medios: lo mismo debe entenderse respecto á los escritos ó papeles perversos, pinturas irreligiosas y otros medios que emplea el enemigo de nuestro bien para que se pierda la Fé y Religión. Los herejes suelen afectar respeto grande á la Sagrada Escritura; pues Dios nos dice en los Libros Santos que demos parte á la Iglesia del crimen que no podamos nosotros remediar, y que la conversación del hereje es como un cáncer, y el hereje como un lobo carnívor¹. Pidamos al Señor que se conviertan los impíos; empleemos los medios que se nos alcancen para atajarles los pasos; y de nuestra parte, huyamos, en lo posible, de ellos, para que, no nos perviertan.

Esta es la doctrina de todos los Santos: huir de los herejes tanto, cuanto ellos huyen de la Iglesia²

Además está obligado *el cristiano* á hacer actos de fé, cuando entra en el uso de la razón, para ofrecer á Dios las primicias de su fe; cuando es tentado gravemente contra la fé, y no puede vencer la tentación sino con actos de fé; y también alguna vez en el año³. No consta cuántas: dicen unos que deben hacerse todos los meses, otros todas las sema-

¹ *Matth. XVIII. 22; 2 Tim. 11,16. Act. Apost. XX, 29.*

² *V. «Norma del Católico en la Sociedad actual». Dial, 3. Disciplina actual en el trato con los herejes. -Denuncia.*

³ *O. M. 1. 2. n. 7.*

nas; otros todos los días festivos; y otros con más ó menos frecuencia; pero sea de esto lo que quiera, todos convienen en que es muy provechoso hacerlos todos los días y aún muchas veces al día. Para hacerlos, se reza con mucha fé el Credo, el cual no es, como algunos piensan, una oración para pedir á Dios, sino la mejor de las confesiones y protestaciones de nuestra fé. Por eso San Ambrosio exhortaba á su hermana á que le rezase por la mañana cuando se levantaba, por la noche cuando se acostaba, y muchas veces entre el día, y deseaba que se mirase en él como en un espejo, para ver allí su fé, consolarse con ella y animarse á vivir según ella pide¹. Y por eso también nosotros, siguiendo este precioso consejo del Santo, debemos rezar con frecuencia y pausa el Credo para contemplar en él nuestra fé, consolarnos con nuestra fé, animarnos á vivir de la fé, y confesar esta fé que tenemos los cristianos.

¿Qué cosa es fé? – Creer lo que no vimos.

Hay unos conocimientos que llamamos naturales porque están dentro de los límites de la naturaleza. Estos son los que adquirimos por los sentidos, viendo, oyendo, oliendo, gustando y palpando las cosas. Hay otros que llamamos sobrenaturales, porque están sobre los límites de la naturaleza, y estos son los que Dios nos ha revelado. Nuestro entendimiento siendo una chispa de la luz divina, hace prodigios en el país de la naturaleza; registra, penetra, compara, discurre, infiere, y llega á adquirir en él vastos y profundos conocimientos; pero no puede salir de él. Hay otro país sobre el de la naturaleza, más extenso sin comparación y más maravilloso, y éste es el país de la fé. Aquí ya no puede penetrar nuestro entendimiento, por más claro y agudo que sea. ¿Qué entendimiento penetró jamás los cielos, y registró las riquezas de la gloria? Las cosas de Dios sólo Dios las sabe, y aquellos á quienes quisiera revelarlas. Tales son las cosas de la fé. Los grandes talentos que, ensoberbecidos con los conocimientos de las cosas naturales, han querido sujetar á sus cálculos y medidas las cosas sobrenaturales, esto es, las verdades de la fé, han caído oprimidos bajo el peso de su grandeza²; porque el talento, sea cual fuere, nunca pasa de ser una luz natural, y la luz natural no es la fé. La fé es aquella luz sobrenatural, que durante nuestro destierro nos descubre las cosas sobrenaturales que Dios se ha dignado revelarnos; es un don celestial, el primero de todos los dones en orden á nuestra salvación, y el fundamento de todos ellos, porque sin la fé es imposible agradar á Dios, dice el Apóstol³; es una virtud divina que Dios infunde en nosotros, y que nos inclina y lleva á creer todo lo que Él mismo ha revelado á la Iglesia.

Visteis vos nacer á Jesucristo? -No, Padre. -Visteisle morir ó subir á los cielos? -No, Padre. -¿Creislo? -Sí lo creo.

¹ Lib. de Virg.

² Prov. XXV, 7.

³ Hebr. XI, 6.

Los judíos vieron á Jesucristo hombre, pero no le creyeron Dios. Los Apóstoles y Discípulos le vieron hombre y le creyeron Dios. Nosotros ni aún le vimos hombre, y lo creemos hombre y Dios. Creemos que nació de Santa María Vírgen, que vivió y conversó con los hombres, que predicó el reino de los cielos, que padeció y murió por redimirnos, que resucitó al tercero día, que subió á los cielos á sentarse á la diestra de su eterno Padre, de donde había venido. Nada de esto hemos visto, y no obstante lo creemos.

¿Porqué lo creéis? -Porque Dios, nuestro, Señor, así lo ha revelado, y la Santa Madre Iglesia así nos lo enseña.

Creemos lo que no vemos, porque otro nos lo dice; y cuanto es mayor, la veracidad del que nos habla, tanto mayor asenso damos á lo que nos dice. Hay una veracidad falible, que es la humana, porque los hombres pueden engañarse ó engañarnos. Pueden engañarse por su ignorancia, y pueden engañarnos por su malicia. Hay otra veracidad infalible, que es la divina, porque Dios ni puede engañarse ni engañarnos. No puede engañarse, porque es infinitamente sabio, es decir, que no tiene límites ni término su sabiduría, y si ignorase Dios alguna cosa, la más pequeña que se quiera figurar, allí encontraría límites y terminaría su sabiduría, y ya no sería infinitamente sábio. Tampoco puede engañarnos, porque es infinitamente bueno, es decir, que no tiene términos ni límites su bondad, y si hiciese Dios alguna cosa mala, cual sería engañarnos, aunque fuese en la cosa más pequeña que se quiera imaginar, allí encontraría límites y terminaría su bondad, y ya no sería infinitamente bueno. Esta veracidad infalible es el sólido é incontrastable fundamento de nuestra fé; y así creemos lo que Dios nos ha revelado con una certeza infalible porque jamás puede ser falso lo que Dios nos dice. Faltará el cielo y la tierra, pero las palabras del Señor no faltarán¹. Supuesta esta verdad fundamental, resta saber qué es lo que Dios nos ha revelado y dónde se contiene. Lo que Dios nos ha revelado, es todo aquello que nos conviene saber para salvarnos, y esto se contiene en las Sagradas Escrituras y tradiciones divinas.

Sagradas Escrituras. Dios, para instruir á los hombres en la ciencia de su salvación, les habló desde los primeros siglos por boca de los Patriarcas y de los Profetas, y cuando llegó la plenitud de los tiempos, les habló por boca de su mismo Hijo². Los santos hombres de Dios, como les llama San Pedro³, divinamente inspirados escribieron el antiguo Testamento, que consta de cuarenta y cinco libros; y los Apóstoles y Evangelistas, inspirados también divinamente, escribieron el nuevo, que consta de veintisiete. El primero contiene lo que nos reveló Dios por los Patriarcas y Profetas, y el segundo lo

¹ Luz. XXI. 33.

² Hebr. 1. 2.

³ 2 Ep. 1, 2.

que nos enseñó por su Santísimo Hijo. Estos santos libros, ni más ni menos, son los que llamamos *Sagradas Escrituras*.

Tradiciones divinas. No todo lo que Dios nos ha revelado está contenido en las Sagradas Escrituras. Desde nuestro padre Adán hasta el legislador del pueblo de Dios, Moisés, nada sabemos que se escribiese. Las verdades que Dios reveló en aquellos dos mil y quinientos años se conservaron por tradición y enseñanza de padres á hijos. La Escritura Sagrada principió en tiempos de Moisés, y en los mil y quinientos años que mediaron desde entonces hasta la venida de Jesucristo, fue cuando se escribió todo el antiguo Testamento; pero aún en este tiempo quedaron sin escribir muchas verdades reveladas, que se conservaron por tradición. Este era el motivo porque el mismo Moisés encargaba á los hijos que preguntasen á sus padres, y á los jóvenes que preguntasen á los ancianos¹. Jesucristo en el discurso de tres años enseñó por sí mismo á los hombres, pero no sabemos que escribiese sino una sola vez, que fue cuando le presentaron la mujer adúltera², y eso lo hizo en tierra con su divino dedo, sin que hasta ahora se haya sabido qué fué lo que escribió. Los Apóstoles y Evangelistas escribieron el nuevo Testamento, y en él nos dejaron mucho de lo que enseñó y obró Jesucristo, pero dejaron tanto sin decir, que San Juan concluye su Evangelio advirtiendo: que si se hubiesen de escribir cada una de las cosas que hizo Jesús, le parecía que no cabrían en el mundo los libros que habrían de escribirse. Muchas de estas cosas que no se escribieron, se conservan por tradición, y por eso encargaba San Pablo á los Tesalonicenses³ que conservasen con firmeza las tradiciones que habían recibido.

Es verdad que también la palabra divina conservada por tradición, ha venido al fin á escribirse, ya en las obras de los Padres, ya en las actas de los Concilios, y ya también en los decretos de los Pontífices; pero no como palabra divina escrita, sino como palabra divina recibida por tradición; y así la tradición divina, aunque se haya escrito, no se ha de confundir con la Sagrada Escritura. Esta es la palabra de Dios escrita y conservada en los libros santos, y aquella es la misma palabra de Dios no escrita, sino conservada en la comunicación de los ancianos á los jóvenes y de los padres á los hijos. En estos dos sagrados depósitos se contiene todo lo que Dios ha revelado á su Iglesia, es decir, toda la fé, pues aunque la Iglesia define algunas verdades de fé, ya se ha dicho⁴ que en esto no hace sino declarar que aquellas verdades estaban ya reveladas y pertenecían á la fé, aunque se ignoraba. Desde el tiempo de los Apóstoles nada se ha revelado como palabra divina, porque el depósito de la fé, todo entero, fue entregado desde entonces á

¹ Deut. XX X 11, 7.

² Joan. VIII, 6.

³ 2. Ep. II, 14.

⁴ Fól 22.

la Iglesia. Mas ¿cómo conoceremos que lo que se contiene en la Sagrada Escritura y tradición divina, que forman el depósito de la fé, ha sido revelado por Dios? Esto lo conoceremos por los divinos caracteres con que Dios ha sellado su revelación. Vamos á apuntar los más obvios y perceptibles al común de los fieles.

1.º *Por las profecías.* Anunciarnos lo que ha de suceder y sabremos que sois dioses, decía el Profeta Isaías hablando con los ídolos¹. Solo Dios, cuya infinita sabiduría lo tiene todo presente, sabe lo que está por venir; y así, cuando un hombre anuncia las cosas contingentes que han de suceder muchos años y aún siglos antes que sucedan, es prueba evidente de que Dios se las reveló, porque solo Dios las sabía. Desde el principio del mundo comenzó Dios á revelar á los hombres los sucesos venideros, y á autorizar su revelación con el cumplimiento de los sucesos que revelaba. No se puede leer el antiguo Testamento sin encontrarse á cada paso con este divino sello de la revelación. Sucesos prodigiosos anuncian otros á la vez más prodigiosos; y estos, dando cumplimiento á los primeros, predicen otros nuevos. En él se ve una cadena de profecías y cumplimientos que asombra; se vé un plan seguido constantemente, y dirigido siempre á anunciar al Mesías, prometido desde el principio del mundo. Se vé á este divino Salvador representado tan maravillosamente y con tanta claridad en los Patriarcas, Profetas y principales personajes del pueblo de Dios, que todo manifiesta no haber existido este pueblo sino para anunciarle. Se le vé representado en sus sacrificios, en sus ceremonias, en sus prosperidades, en sus infortunios, y, para decirlo de una vez, en todos sus sucesos; porque como enseña San Pablo², todo el antiguo Testamento acontecía en figura, y era sombra y representación de lo que había de cumplirse en el nuevo. Así el Omnipotente señaló su revelación con el divino sello de multitud de profecías, que han tenido el más entero y exacto cumplimiento.

2.º *Por los milagros.* Se llama milagro, dice Santo Tomás³, lo que sucede fuera del orden de toda la naturaleza criada; como el que se parase el sol cuando peleaba Josué⁴, y que perdiese su luz cuando espiró su Criador⁵. Solo Dios, añade el Santo, puede obrar fuera del orden de toda la naturaleza criada, y por consiguiente solo Dios puede hacer milagros. Cuando se dice que los Angeles y los Santos hacen milagros, se entiende que los hace Dios, ó atendiendo á sus súplicas, ó condescendiendo con sus deseos, ó sir-

¹ XLI, 23.

² I Ep.ad. Cor. X, II.

³ I. p. q. 110, á. 4. o.

⁴ X. 12.

⁵ Lúe, XXIII, 45.

El sagrado texto se acomoda al lenguaje vulgar fundado en lo que aparece á nuestra vista, y lo mismo hace el Sr. Mazo en varios parajes. Véase «La Religión Católica vendicada» etc. por el P. José Mendive, de la Compañía de Jesús (Madrid-1883), obra muy útil en nuestros dias para personas de letras.

viéndose de su ministerio para hacerlos, porque solo Dios puede hacerlos. De donde se sigue, que todo lo que es atestiguado por milagro, lleva consigo un sello divino; y esto se verifica cumplidamente en la revelación. Está atestiguada con tantos y tan estupendos milagros, que es necesario cegarse para no ver en ella la obra del Omnipotente. No se puede leer ni el antiguo ni el nuevo Testamento sin encontrarse á cada paso con una sabiduría divina que todo lo dirige, y un poder soberano que todo lo confirma con multitud de milagros. Tampoco se puede negar la autenticidad á estos dos admirables monumentos de las verdades eternas, sin negar primero todos los monumentos históricos del mundo, puesto que ninguno hay que pueda compararse con ellos.

3.º *Por la propagación de la Religión cristiana.* Esta Religión que nació en el Calvario sobre una cruz, se extendió con tanta rapidez que en un momento, por decirlo así, llegó á los últimos confines de la tierra. Aún no habían pasado veintinueve años de haber principiado á predicarla los Apóstoles en Jerusalén el día de Pentecostés cuando escribía ya San Pablo á los Colosenses¹ que el Evangelio, se había extendido por todo el mundo, y que fructificaba y crecía. Y ¿por quién se predicaba? No por hombres ricos y poderosos, ni por hombres sábios y elocuentes, ni por conquistadores famosos ni por príncipes ni reyes, sino por doce pescadores pobres, ignorantes sin ejército, sin armas, sin representación, sin influjo, sin palabras persuasivas de sabiduría humana. Y ¿qué era lo que predicaban? Una religión que pareció locura á los judíos y necedad á los gentiles: una religión que enseñaba el desprendimiento de las riquezas, de los honores y de los placeres, una religión que refrenaba todas las pasiones sin permitirles ni un solo deseo malo: al paso que apenas prometía otra cosa en este mundo que persecuciones, lágrimas y cruces. Y ¿á quién se predicaba? A un mundo tan corrompido como aquél que sepultó la ira de Dios en las agaas de un diluvio; á un mundo, entregado á la más infame idolatría: á un mundo, en fin que no conocía otro Dios que sus pasiones, á las que erigía altares, ofrecía inciensos y adoraba. Sin embargo, esta religión tan opuesta al mundo, y tan enemiga de todas las pasiones del mundo, se extiende con rapidez por todo el mundo á manera de un río caudaloso que, saliendo de madre todo lo inunda; crece y se propaga en medio de las más crueles persecuciones, y á pesar de los más terribles edictos de los reyes y de los emperadores, confunde la sabiduría de los sábios, triunfa del poder de los poderosos, vence la superstición de los pueblos, destruye sus ídolos y sus templos, y coloca el estandarte de la Cruz sobre sus torres y capitolios. ¡Quién podrá desconocer aquí una mano Omnipotente! ¡Quién no verá en esta portentosa obra un poder soberano que la hace triunfar á el mundo entero conjurado contra ella! ¡Ah! Cuando se considera

¹ I, 6.

el modo admirable con que se propagó la religión cristiana por todo el mundo, no es posible desconocer su origen divino.

4.º *Por los mártires.* Martirio significa *testimonio*, y mártir *testigo*. Así que la muerte sufrida por no negar á Jesucristo ó alguna verdad de fé, por conservar alguna virtud ó no cometer algún delito, es y se llama martirio, y al que la sufra *martir*, porque dá testimonio á la verdad y á la justicia, y lo rubrica con su sangre y con su muerte. De aquí se sigue que la religión cristiana tiene tantos testigos que aseguran su divinidad, cuantos son los mártires que la han confesado en los tormentos y confirmado con su muerte. Y bien ahora; ¿quién habrá tan temerario y osado que se atreva á presentarse delante de más de dieciocho millones de mártires, y negar en su presencia la divinidad de una religión que ellos han confesado á costa de más de dieciocho millones de vidas? No, no hay verdad en el mundo probada con tantos y tan fieles testigos, sellada con tanta sangre y confirmada con tantas muertes; pero... ¡y qué muertes!... las más terribles, las más crueles, las más ignominiosas. Se estudiaba en inventar los suplicios más espantosos, y se presentaban á los martirés, antes de emplearlos, para estremecerles con su vista y obligarles á negar la fé. Los potros de hierro, los toros de metal, los gárfios de acero, los hornos encendidos, las calderas de aceite hirviendo, las hogueras!... tal era el cuadro que se presentaba, regularmente á su vista antes de principiar sus martirios. Estos se ejecutaban, unas veces con tal furor, que hacían estremecer y temblar hasta á los más animosos; y otras con tanta lentitud que los ponían en una prueba aún más dura y rigurosa. Promesas, amenazas, invención de tormentos nuevos, camas deliciosas camas encendidas... nada quedaba que hacer al ingenio y á la crueldad para vencer su constancia, y nada bastaba para vencerla. Ellos, en fin acababan su vida en los tormentos, y bajaban al sepulcro confesando y confirmando con su muerte esta religión divina. Por otra parte (y esto es muy notable y admirable) ¿qué clases de personas eran estas que representaban al mundo, á los ángeles y á los hombres semejantes espectáculos? ¿Eran acaso algunos filósofos cínicos ó estóicos, cuya soberbia y orgullo llegase á despreciar la muerte? nada menos. Eran personas de todos estados y edades, niños, niñas, jóvenes, ancianos, sabios, ignorantes, ricos, pobres, hómbrres y mujeres de todas clases. ¡Cómo era posible que no siendo por una causa divina se entregasen tantos millones de almas de todas clases á una muerte voluntaria! Y digo *voluntaria*, porque estaba en su mano librarse de ella, siempre que quisiesen. Con una sola palabra, con un *no creo*, con un solo grano de incienso ofrecido al ídolo, se les hubiera dejado ir libres, y muchas veces se les hubiera colmado de honores. Ni ¿cómo era tampoco posible que el niño balbuciente, la tierna doncella, el trémulo anciano, tanta multitud de mártires triunfasen de la muerte? si no triunfase en ellos el triunfador del mundo, el gran mártir Jesucristo? No,

nada puede resistir al testimonio que nos dan de la divinidad de la religión cristiana dieciocho millones de mártires.

5.º *Por la santidad*, Santo, santísimo es Jesucristo, Hijo de Dios vivo, autor y conservador de esta religión divina; santa es su doctrina, que no permite ni un mal pensamiento, ni un mal deseo; que no reprende sino el vicio, ni deja vicio que no reprenda; que no alaba sino la virtud, ni deja virtud que no alabe: santos son sus sacramentos, santos sus sacrificios y santo su culto; pero no pasemos más adelante en esta clase de pruebas. Sería necesario formar una obra voluminosa, si se quisiesen exponer aquí todos los caracteres divinos con que el Señor ha sellado la revelación. Baste haber apuntado los más óbvios y que están al alcance del común de los fieles, para que el obsequio de su fé sea razonable, como dice San Pablo¹.

Más no contento el Señor con haber distinguido y señalado su divina revelación, con tan augustos é indelebles caracteres, estableció un tribunal permanente y perpétuo que defendiese y conservase siempre pura y entera esta divina revelación que forma el depósito sagrado de la fé. Este *tribunal* es la Iglesia, columna y firmamento de la verdad, como la llama el mismo Apóstol², la cual ha conservado siempre entero y puro este sagrado depósito, y lo conservará hasta la consumación de los siglos gobernada y protegida por su divino esposo Jesucristo³. Y á esta maestra de la verdad han acudido, y acudirán siempre en sus dudas, todos los cristianos que quieran librarse del error y hallar la verdad.

Y ¿no basta leer la Biblia para saber la Religión? -Eso dicen los herejes para engañar á los ignorantes; pero la misma Biblia dice que la maestra del cristiano es la Iglesia; y los herejes que no la escuchan, cada cual sigue no la Sagrada Escritura, sino su propio parecer ó el del pastor, ó pastora, que se le antoja.

Y ¿qué resulta de ahí? -Que hay entre ellos casi tantas sectas como Pastores; que la una tiene por casa revelada de Dios lo que la otra rechaza como falso.

Y ¿puede ser esto de Dios? -Basta tener dos dedos de frente para conocer que no.

Pronto veremos que no sucede así en la Santa Iglesia Católica; pero antes decid: ¿Prohibe la Iglesia leer las Santas Escrituras? Esa es otra de tantas calumnias como le levantan los herejes. Lo que prohíbe la Iglesia es tener ó leer las biblias ó librillos que reparten los herejes. Y ¿cómo sabremos si son biblias falseadas ó escritos malos? -Enterándose del Sr Párroco ó de otra persona competente.

*Es increíble el cuidado con que hay que vivir en estos tiempos sobre el particular. Cuando en un pueblo vela la autoridad para que no se vendan comestibles dañosos, los

¹ Rom. XII, 1.

² I Tim. III, 15.

³ Matt. XXVIII, 20.

vecinos viven en esto muy tranquilos; pero en el caso contrario ¿qué sucede? Pues este es nuestro caso actual. La enseñanza y los escritos son alimento del alma; y en estos tiempos circulan enseñanzas y libros envenenados. En las biblias que dan los herejes suele haber lugares mal traducidos, otros ó mutilados ó añadidos: de todos modos no puede un católico fiarse del libro que pone en sus manos un enemigo de la Iglesia. Esta es una de las razones porque se nos prohíbe leer ó tener esas biblias. Además, en los Libros Sagrados hay puntos muy difíciles que necesitan explicación para no caer en errores perniciosos; y por eso la Iglesia, como se hace en todas las profesiones, tiene maestros que los explican; y manda que ó se acuda á las aulas para poder leer la Biblia en latín, ó no se lea en lengua vulgar sin explicaciones aprobadas por ella misma. Por lo tanto, pues somos hijos de la Iglesia Católica, no hemos de leer ó tener libros de Religión, cual es la Biblia, sin el visto bueno de la Iglesia ó sea la aprobación eclesiástica.*

Por un ejemplo conoceréis el peligro de leer las biblias protestantes. Dícese en San Mateo¹, que deseaban en cierta ocasión ver al Salvador su Madre y sus hermanos. Lee esto un ignorante, y puede pensar que la Virgen tuvo más hijos que Jesucristo (así lo propalan los herejes); pero el que lee un Evangelio aprobado por la Iglesia, repara que era costumbre entre los judíos llamar hermanos á los parientes más cercanos (aun entre nosotros hay algo de este uso), y repara además que el mismo Jesucristo da más de una vez² el nombre de hermanos suyos á sus mismos discípulos. Otros librillos difunden los herejes muy bonitos, baratos y aún de valde, en los que al parecer no se dice nada malo, pero que no por eso son menos dañosos: el uno v. gr. encomia tanto la fé, como si sola, sin buenas obras, salvase, cuando Jesucristo pone por condición necesaria para ir al cielo guardar los mandamientos³; otro pondera la misericordia infinita de Jesús, como si con sólo llorar nuestros pecados bastase, aún no queriendo confesarlos, siendo así que el mismo Jesús estableció para perdonar pecados el santo Tribunal de la Penitencia⁴; y como estos, otros varios. Si viene á vuestras manos algún librito de religión, que no sepa está aprobado por la Iglesia, llevadlo al Párroco ó Confesor: sabed que no sólo peca quien tiene esos escritos heréticos ó sospechosos, sino quien los imprime, vende ó propaga, y que antes bien hemos de industriarnos para extirpar, cuanto podamos, esa peste. Los Santos de todos los siglos se han atenido en religión, á lo que la Santa Iglesia nos enseña.

¿Qué cosas son las que teneis y creeis como cristiano? -Las que tiene y cree la Santa Iglesia Romana.

¹ XII, 47.

² Matth. XVII y Jo. XX.

³ Matth. XIX. 17.

⁴ Jo. XX, 28.

Por Iglesia romana se entiende toda la Iglesia, y no precisamente la de Roma. Se llama romana, porque Roma es la residencia ordinaria del Sumo Pontífice, sucesor del príncipe de los Apóstoles San Pedro, que fijó últimamente allí su cátedra ó silla apostólica, dejándola regada con su sangre y sellada con la muerte que sufrió en ella como pastor universal del rebaño de Jesucristo. Esta Iglesia, qué llamamos *romana*, es la verdadera Iglesia de Jesucristo, porque es *una, santa, católica y apostólica*, que son las notas ó señales, que distinguen la Iglesia verdadera de todas las iglesias falsas ó sinagogas de Satanás, como las llama San Juan¹.

Es una, porque todos sus hijos, donde quiera que se hallen, no son sino una sola familia, cuyo padre es Dios. Es una, porque todas sus ovejas no componen sino un sólo rebaño, cuyo pastor invisible y eterno es Jesucristo, y cuyo pastor visible y temporal es el romano Pontífice. Es una, porque todos sus miembros no forman sino un sólo cuerpo en Jesucristo, como dice san Pablo². La profesión de una misma fé y de una misma esperanza, el vínculo de una misma caridad, la participación de los mismos Sacramentos, la subordinación á la misma cabeza, los mismos misterios el mismo sacrificio, la misma moral, las mismas virtudes, el mismo camino, el mismo término... tales son los preciosos lazos que unen la multitud de miembros de este cuerpo místico de la Iglesia, de esta esposa de Jesucristo, su única paloma y su única perfecta como la llama el Espíritu-Santo³.

Es santa porque Jesucristo, su esposo, su cabeza y su pastor, es el Santo de los Santos, el Santo Hijo de Dios. Es santa, porque es santa su doctrina, santas sus leyes, santos sus mandamientos, santos sus misterios, santo su culto, santo su sacrificio y santos sus Sacramentos. Es santa, porque está gobernada y dirigida por el Espíritu-Santo, y santificada con su divina gracia. Es santa, porque en todos tiempos ha tenido y ha de tener Santos. Es verdad que no todos sus hijos son Santos, porque son muchos los llamados y pocos los escogidos⁴; más esto no sucede porque la Iglesia no sea santa, sino porque todavía no es aquella esposa del Cordero que reina gloriosa en el cielo, sino aquella esposa desterrada que camina á su patria celestial, llevando, como la afligida Rebeca⁵, reunidos en su seno hijos de honor y de contumelia, predestinados y réprobos, Esaúes y Jacobos.

*Por eso es que aun entre los que tienen por deber guiar á otros al cielo, hay algunos Judas; pero esos malos no viven del espíritu de la Iglesia; sino que precisamente son

¹ Ap. II, 9.

² Rom. XII, 5.

³ Cant. VI, 8.

⁴ Matth. XXII, 14.

⁵ Gen. XXV, 22.

malos, porque no quieren hacer lo que la Iglesia prescribe. Mientras enseñen buena doctrina, la Santa Iglesia repite á sus hijos, lo que el divino Maestro dijo á los Fariseos: «Haced lo que dicen, y no imiteis lo que hacen»¹. Cabalmente cuanto más se extiende la maldad, más brilla, en cierto modo, la santidad de la Iglesia. Y ¿cómo así? Porque más aparece la mano de Dios en no permitir se contramine su Esposa, *patrocinando* algún vicio. Por el contrario, la historia atestigua que la Iglesia, y sólo la Iglesia, ha puesto un dique, en los siglos de más corrupción, al desbordamiento general. Pío IX y León XIII son pruebas evidéntísimas, y eso que los enemigos de todo bien les han privado de libertad, é impedido la prosecución del Santo Concilio Vaticano.*

En las sectas ó religiones falsas sus mismos autores han sido hombres llenos de vicios; Lutero, v. gr., padre de todos los protestantes, de lenguaje tan soez, que sus mismos partidarios han expurgado lo que él escribió, y tan desvergonzado que enseñaba: cree mucho y peca más. Por el estilo son los dogmatizantes de hoy, por más que á los principios disimulen²: si algo bueno enseñan lo han tomado del catecismo católico.

En suma, el católico solo puede ser malo, no haciendo lo que la Iglesia le manda; y el hereje ó impío, solo puede ser menos malo, no siguiendo sus propias máximas.-Luego la Iglesia es Santa y las sectas inícuas.

Es católica, que quiere decir *universal*, porque se extiende á todos los siglos. Nacida en tiempo de los Apóstoles, y aun con el mundo mismo, durará tanto como el mundo. Es católica porque se extiende á todo el universo. Habiendo principiado en Judea donde salieron los Apóstoles, situada en el centro del orbe entonces conocido, se ha extendido hasta las extremidades de la tierra. Es católica, porque todas las naciones son llamadas á entrar en su seno. Rogad por todos los hombres, dice el Apóstol³. Esto es bueno y acepto delante de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven. Es católica, porque en todo el universo se ha predicado ó se vá predicando su doctrina, porque en todas partes tiene hijos que le pertenecen, y viven unidos á ella con el sagrado vínculo de una misma fé y esperanza, reconociendo una misma cabeza, que es el Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra.

Ultimamente, es *apostólica*. Jesucristo eligió para esta obra divina doce Apóstoles, y sobre ellos, como sobre doce cimientos, estableció su Iglesia, que habiendo de durar hasta la consumación de los siglos, era consiguiente que durasen también sus cimientos, no en los Apóstoles que eran mortales, sino en los Obispos sus sucesores, y en los sumos Pontífices, sucesores del Príncipe de los Apóstoles, sobre los cuales ha continuado y continuará establecida hasta que tenga fin el universo. Esta continuada sucesión de

¹ *Matth. XXIII, 3ª.

² *Véanse las declaraciones del convertido D. Ramón Bon.*

³ 1. Tim. II, 1, 3 y 4.

Obispos y Pontífices es una de las señales que más distinguen la verdadera Iglesia de todas las falsas. El gran Tertuliano arguyendo á los herejes de su tiempo, decía¹: Que nos señalen el origen de sus iglesias; que nos manifiesten la sucesión de sus obispos; que nos hagan ver, subiendo de obispo en obispo hasta los primeros tiempos de la Iglesia, que no tienen otros fundadores que los Apóstoles; porque cualquiera Iglesia que no trae su origen de los Apóstoles, no pertenece á la verdadera Iglesia.

Y por esto es un dogma de fé que, fuera de la Iglesia Católica, no hay salvación. El que conocida la verdad, no quiere ser católico, no quiere creer lo que Dios enseña por boca del sucesor de San Pedro, constituido por el mismo Jesucristo, Maestro de toda la Iglesia²: no quiere dar á Dios el culto que le agrada, ni cumplir lo que nos manda por Sí y por aquellos á quienes El dá sus veces; y siendo tal no puede esperar el cielo, donde reina Dios con los que le han servido fielmente en esta vida.

Habrás oído, cristiano lector, que los sectarios traen razones á que no es fácil contestar. Siglos há contestaron los Santos, porque no son nuevas; y contestan hoy los Doctores católicos y contestarás tú, si te quieres tomar el trabajo de graduarte en Sagrada Teología. Entretanto huye de tal gente, no entres á razones, como Eva con la serpiente; sino remítelos, y nota que no les gusta, á los Señores Sacerdotes. En cuanto á ti, mantente, hasta morir, en la fé de los Santos y los buenos cristianos; procura imitarlos viviendo y muriendo en el seno de la Santa Iglesia, y vivirás con ellos en la gloria, á donde, de cierto, no llegan los delirios de los herejes, ni las palabrotas del impío³.

¿Qué cosas son las que vos y ella teneis y creeis? -Los Artículos de la fé, principalmente como se contienen en el Credo. -¿Qué cosas son los artículos de la fé? -Son los misterios más principales de ella.

Entro las verdades que la divina bondad se ha dignado revelarnos, hay unas que son como los principios de todas las demás, y forman el compendio de la fé. Los Apóstoles y los Concilios nos han presentado estas verdades principales (que han llamado artículos) reunidas en símbolos ó credos, para que, siendo uniforme nuestra creencia, tengamos en ellos una abreviada suma de nuestra fé. Se dice que creemos los Artículos de la fé *principalmente* como se contienen en el Credo, porque en éste hay tres que no se expresan en los Artículos y son: *la santa Iglesia católica, la comunión de los Santos, y el perdón de los pecados*. Por lo demás los Artículos de la fé no se distinguen del Credo, sino en que el Credo está dispuesto en forma de confesión de fé, y por eso le rezamos

¹ Lib. de prescrip. c. 20.

² *Jo. XXI.*

³ Sobre esta materia te recorriendo los Dial. 1.º y 2.º en la *Norma del Católico*, que cité arriba; y con más doctrina y extensión, las *Respuestas Populares* á las objeciones más comunes contra la Religión por el P. Segundo, Franco, S. J., que se vende en las librerías católicas.

siempre que queremos confesarla; y los Artículos en forma de enseñanza, y por eso no los rezamos, sinó que los aprendemos.

¿Para qué son los artículos de la fé? -Para dar noticia distinta de Dios nuestro Señor y de Jesucristo nuestro Redentor.

Rodeado Jesucristo de sus discípulos en la noche de la cena, y levantando sus ojos al Cielo, decía¹: esta es la vida eterna, Padre mio, que os conozcan á Vos, solo Dios verdadero, y á vuestro Hijo Jesucristo, á quien enviasteis. Conocer á Dios trino y uno y sus divinos atributos, y conocer á Jesucristo su Santísimo Hijo, su vida, pasión, muerte, resurrección y ascensión á los cielos, y su venida á juzgar los vivos y los muertos, esto es lo que llama aquí Jesucristo vida eterna, y de lo que nos dán noticia distinta los Artículos de la fé. Los siete primeros nos la dan de Dios nuestro Señor, y los otros siete de Jesucristo nuestro Redentor.

¹ Joan, 3. XVII.

DECLARACION Y EXPLICACION

de los siete primeros artículos, que dán noticia distinta de Dios nuestro Señor.

¿Quién es Dios nuestro Señor? -Es una cosa la más excelente y admirable que se puede decir ni pensar: un Señor infinitamente bueno, poderoso, sábio, justo, principio y fin de todas las cosas¹.

*¿Quién es Dios? Esta es la mayor pregunta que puede hacerse, y á la que nadie, sino Dios, puede responder adecuadamente. Mientras vivimos en este mundo, podemos conocer la existencia de Dios en el *orden natural*, porque al ver criaturas, necesariamente hemos de inferir que hay Criador de ellas. *En efecto, al ver un magnífico palacio con ricas habitaciones, y vistosos jardines, aunque no tengamos delante á quien lo edificó y cuida, conocemos desde luego, que arquitecto sábio debió ser y señor poderoso; así, contemplando atentamente la vastísima planicie de los mares, la variada superficie de la tierra, y la maravillosa bóveda de los cielos nos dicta la razón que un Ser Supremo, sobremanera inteligente y poderoso, hizo y gobierna esa, inmensa y complicadísima máquina; pues á ese *Señor* llamamos Dios².**

Y si del mundo exterior entra cada cual dentro de este pequeño mundo que es el hombre, ¿quién, sino Dios, pudo organizar nuestro cuerpo, del cual los más célebres anatomistas apenas llegan no digo á formar, pero ni á comprender una pequeñísima parte? ¿Y el alma? No digamos de su naturaleza y actividad: fijémonos en un hecho, la conciencia. Todo hombre *naturalmente* aprueba el bien y desaprueba el mal: siente satisfacción en la virtud, y en el vicio, vergüenza, remordimientos, temores. Y ¿cuya es esta voz sino del Criador y Legislador Supremo? El vicioso pervierte y gasta su naturaleza, mas apenas logra amortiguar la luz de la razón, ni acallar los gritos de la conciencia³.

Por otra parte ¿no reparas, cristiano lector, los frutos, quiero decir, las *obras* de los que viven como si no hubiese Dios del cielo? Lee las historias, mira lo que pasa á nuestra vista: y compara la vida de los Santos y temerosos de Dios, con la de los hombres desalmados é impíos; y por los frutos aprende á, conocer el árbol⁴.

¹ *En la edición Diocesana del Catecismo del P. Astete, se contesta: «*Es lo más excelente y admirable etc.* (Nota de los editores)»*

² *Rom. 1, V., pág. 50 y sigs.*

³ *Ps. IV-7. Rom. II-14.*

⁴ *Mat. VII-13.*

¿Y á quién se acude, sino á Dios en las sequías y las pestes? ¿á quién en casos súbitos y desesperados? Hasta los paganos invocaban en tales aprietos al único verdadero Dios del Cielo. Es voz de la naturaleza, voz de la verdad, del alma naturalmente cristiana¹.

Podemos conocer también la existencia de Dios en el orden sobrenatural, porque la fé nos habla de Dios continuamente, ó por mejor decir, no nos habla sino de Dios, y de las cosas que dicen relación á Dios; *de suerte, que cuando prueba la verdad de nuestra santa Religión y la divinidad de la Iglesia Católica², edificio más estupendo aún que el universo físico, confirma más y más la existencia de su autor, ó sea de Dios, y la adoración y servicio que le debemos.*

*Los *orgullosos* que á tan clara luz cierran los ojos, permite el justo Señor que se pierdan en cavilaciones, y que teniéndose por sábios, se conviertan en verdaderos *ne-cios*³: mientras que al *humilde que cree*, toda la Religión se le presentan razonable; vive tranquilo, y, practicando lo que cree, conoce dentro de sí, ser de Dios la ley que profesa⁴.*

*Con todo si á cualquiera hombre de *buena voluntad* es fácil el conocimiento del Criador y de algunos atributos suyos⁵*; pero jamás en este mundo veremos *en Sí mismo* á Dios ni lo que es Dios. Solamente cuando le veamos en la gloria, conoceremos lo que es, porque entónces le veremos cara á cara y como es en Sí mismo, dice San Juan¹: y aun entonces no lo comprenderemos, esto es, no conoceremos todo lo que es Dios, porque es infinito, y es imposible que una criatura que es limitada, aunque sea un Querubín, llegue á conocer todo lo que es un sér infinito: por eso nadie, sino Dios puede comprender á Dios y por consiguiente, nadie, sino Dios, puede responder adecuada y completamente á la pregunta *¿Quién es Dios?*

Esta sin duda fué la causa por qué el P. Astete, á pesar de su talento extraordinario, responde aquí con un género de aturdimiento que no se advierte en otra parte alguna del *Catecismo*. Nos dice: Que Dios *es una cosa* pero no sabe explicar qué cosa es; y como si fuera un niño aún balbuciente, sólo acierta á decir: Que es una cosa muy grande; una cosa lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar. Hace otro esfuerzo y nos dice: Que *es un Señor*, pero tampoco sabe decirnos qué Señor es éste, ó cual es su esencia, y se vé precisado á recurrir á sus atributos, y á contentarse con decirnos: Que es un Señor infinitamente bueno, poderoso, sábio, justo, principio y fin de todas las cosas;

¹ *Tertul. Apos.*

² *Pág. 29 y sigs.*

³ *Rom. 1-21. etc. *

⁴ *Jo, VII-17. *

⁵ *Conc. Vatic., De Fide.*

todo lo cual manifiesta que á la pregunta. *¿Quién es Dios?* sólo puede responderse de un modo oscuro; vago y confuso. Despuets de esto ninguna explicación puedo yo hacer tocante á la gran pregunta. *¿Quién es Dios?* Mas no por eso dejaré de decir con San Agustin²: que Dios es inefable. Si queremos compararle con la grandeza de los cielos y de la tierra, Dios es más grande; si con la hermosura del sol, la luna y las estrellas, Dios es más hermoso; si con la sabiduría de todos los hombres y de todos los Angeles, Dios es más sábio; si con la bondad de todos los buenos, Dios es más bueno; si con la justicia de todos los justos, Dios es más justo, porque Dios es infinitamente grande, infinitamente hermoso, infinitamente sábio, inflnitamente bueno; infinitamente justo; infinitamente infinito. Dios es un sér sobre todo sér, dice Son Dionisio Areopogita³, una substancia sobre toda substancia, una luz sobre toda luz, ante la cual toda otra luz es tinieblas, y una.hermosura sobre toda hermosura, en cuya comparacion es fealdad toda otra hermosura. Dios es el principio de todas las cosas, porque es el criador de todas las cosas, y es el fin de todas las cosas, porque todas las crió para Sí mismo⁴.

La Santísima Trinidad ¿quién es? -El mismo Dios Padre, Hijo y Espiritu-Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero. -El Padre ¿es Dios?. -Sí, Padre. -El Hijo ¿es Dios? -Sí, Padre.-El Espiritu-Santo ¿es Dios? -Sí Padre. -¿Son tres Dioses? -No, si no un solo Dios verdadero. -El Padre ¿es el Hijo? -No, Padre. -El Espiritu-Santo ¿es el Padre ó el Hijo? -No, Padre. -¿Por qué? -Porque las personas son distintas aunque es un solo Dios verdadero.

El soberano misterio de la Trinidad beatísima es el primero de todos los misterios y el fundamento de todos; es el misterio de los misterios y el abismo de los abismos; es un misterio inefable que debemos adorar sin intentar sondéarle. Sería una temeridad, sería una locura, en expresión de San Atanasio⁵, que el hombre, que alcanza á panetrar los seres que tiene á la vista, quisiera profundizar los abismos de Dios y medir al inmenso; bástanos saber que Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, nos lo ha revelado. Pero así como es cierto que no podemos comprender este profundísimo misterio, también lo es que debemos procurar conocerlo en lo posible, á cuyo fin voy á hablar de él, aunque con aquel temor que me inspira Santo Tomás cuando previene. Que es necesario que aquí vayan las palabras muy ordenadas para no incurrir en herejía¹.

El misterio de la Santísima Trinidad consiste en que Dios es un sólo y simplicísimo sér, y tres porsonas distintas; consiste en que en Dios no hay sino una sola esencia, una

¹ 1 Ep. III, 2.

² In Ps.85.

³ De myst.Theolog.

⁴ Prov. XVI, 4.

⁵ In illud:omnia mihi.

sola naturaleza, y no obstante hay tres personas realmente distintas, que son Padre, Hijo y Espíritu-Sant². Consiste en que siendo eternas estas tres personas, porque todas tres tienen una misma esencia y naturaleza eterna, sin embargo proceden unas de otras. Es verdad que el Padre de nadie procede, pero el Hijo procede del entendimiento del Padre, y el Espíritu-Santo del amor del Padre y del Hijo. El Padre contemplándose eternamente á sí mismo, engendra eternamente al Hijo, que es su eterna, substancial y perfectísima imagen, resplandor de su gloria y figura de su substancia, como dice San Pablo³. El Padre y el Hijo, amándose eternamente, producen eternamente al Espíritu-Santo, que es el término eterno de su amor. El Hijo es como el espejo eterno en que se está mirando eternamente el Padre; el Espíritu-Santo es como el amabilísimo y eterno lazo del amor del Padre y del Hijo. Más aunque el Hijo procede del Padre, y el Espíritu-Santo del Padre y del Hijo, ni el Padre es primero que el Hijo ni el Hijo es después que el Padre ni el Padre y el Hijo son primero que el Espíritu-Santo, ni el Espíritu-Santo es después que el Padre y el Hijo; porque todas tres personas son eternas, y aunque hay entre ellas prioridad de origen, no la hay de tiempo, porque en lo eterno no hay tiempo⁴. En Dios, pues todo es igual, todo es eterno, todo es uno, excepto las personas. Una esencia, una naturaleza, una substancia, un entendimiento, una voluntad, un ser, un Dios en tres personas distintas, Padre, Hijo y Espíritu-Santo.

Este es el gran misterio que la Iglesia invoca y glorifica continuamente en sus oraciones, en sus Sacramentos, en sus sacrificios y en todas sus prácticas piadosas. Si bautiza, si confirma, si absuelve, si ordena, todo lo hace en nombre de la Santísima Trinidad. Si reza, si entona himnos y cánticos, siempre concluye invocando y alabando á la Santísima Trinidad. Apenas hay Salmo, oración, ceremonia ó acto de religión que no concluya con este divino verso: *Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu-Santo, ahora y siempre, y en todos los siglos de los siglos. Amén.* Del mismo modo los fieles confiesan y glorifican á la Santísima Trinidad en todos sus ejercicios cristianos. Cuande se signan, confiesan en las tres cruces el misterio de la Santísima Trinidad: cuando se santiguan, la invocan; y cuando rezan, concluyen sus oraciones diciendo: Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu-Santo, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos. Amén. Y ¿qué práctica puede haber más justa, más santa, más divina? Alabemos, bendigamos, ensalcemos, glorifiquemos á la beatísima Trinidad. Imitemos á los coros celestiales, imitemos á aquellos abrasados Serafines que rodean su trono soberano⁵, y que

¹ Im. quaest, 31, á. 2.

² *A cierta semejanza suya el alma, una simple substancia, tiene tres potencias distintas*

³ Hebr. I. 3.

⁴ *Del sol brota la luz y el calor; y todos tres son en tiempo simultáneos.*

⁵ Isai, VI, 2 et 3.

claman sin cesar: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria. Clamemos también nosotros, uniendo nuestros débiles acentos á sus acentos celestiales: bendición, honor, alabanza, virtud y gloria sea dada á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espiritu-Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

¿Cómo es Dios todopoderoso? -Porque con solo su poder hace todo cuanto quiere.

El poder de Dios es infinito. Sacó el mundo de la nada, y puede volverle á la nada. Hizo que fuese lo que no era y puede hacer que no sea lo que es. Puede criar infinitos mundos, y puede aniquilarlos, porque su poder no tiene límites. Nada hay que Dios no pueda hacer y deshacer, nada que no pueda criar y aniquilar, y esto quiero decir que Dios es todopoderoso. Es verdad que Dios no puede morir, ni pecar, ni cosas semejantes; pero esto no es por falta de poder en Dios; sino por falta de posibilidad en las cosas, porque morir, pecar y cosas á este modo, no son realmente cosas, sino falta de cosas. Morir es faltar la vida, pecar es dejar de hacer lo justo, y esto no lo puede hacer Dios, porque esto no es hacer, sino dejar de hacer; no es poder, sino falta de poder; no es acción, sino defecto, y en Dios no cabe defecto. Tampoco puede hacer lo que es contradictorio, porque lo contradictorio, no es factible. Lo contradictorio no es una realidad, sino una ficción, una quimera. Dios puede hacer que un hombre no muera, pero una vez que haya muerto, aunque pueda resucitarlo, no puede hacer que no haya muerto, porque es contradictorio y quimérico que haya muerto y que no haya muerto: más esto y otras cosas á este modo no suceden por falta de poder en Dios, sino por falta de posibilidad en las cosas, y por eso advierte Santo Tomás que¹, hablando de la omnipotencia, es más conveniente decir: que las cosas no pueden ser hechas, que decir: que Dios no puede hacerlas.

¿Cómo es Criador? -Porque todo lo hizo de la nada. -¿Para qué fin ha criado Dios al hombre? Para servirle en esta vida, y después gozarle en la eterna.

Dios siempre fué, y será siempre. Jamás tuvo principio ni tampoco tendrá fin. Dios es un Sér eterno. Pues este Sér eterno crió, cuando fué su voluntad, seres temporales. Los crió de nada manifestando en esto su omnipotencia, porque sólo un ser omnipotente puede hacer cosas de nada. El carpintero puede hacer una mesa de madera, y el sastre un vestido de tela; pero jamás hará el carpintero una mesa de madera sin madera, ni el sastre un vestido de tela sin tela. Sólo Dios puede hacer cosas sin cosas. Sólo Dios puede hacer que sea lo que no es, porque de no ser á ser hay una distancia infinita, pues lo que no es, no presenta principio de donde pueda comenzar á medirse la distancia, y sólo Dios, cuyo poder es infinito, puede superar esta distancia infinita. En efecto, la omnipotencia de Dios crió cosas de la nada; pero ¿cuáles? Eso es lo que vamos á ver.

¹ I. p. quaest. 25. á 3.

Creación del mundo. Antes de la creación no había tiempo, porque el tiempo es la sucesión y curso de las cosas, y antes de la creación no había cosas: no había sino el Eterno y la eternidad. En seis días crió Dios el mundo¹. *En el primero* crió el cielo, la tierra, las aguas, el fuego y la luz. *En el segundo* crió el firmamento, y dividió las aguas que estaban bajo del firmamento, de las que estaban sobre Él. *En el tercero* reunió las aguas que estaban bajo del firmamento, y apareció el sólido que cubrían. Al sólido llamó *tierra*, y á las reuniones de las aguas *mares*. Hizo también que la tierra produjese en este día plantas y árboles. *En el cuarto* crió el sol, la luna y las estrellas, para que señalasen los días y las noches, las estaciones y los años. *En el quinto* hizo que las aguas produjeren peces y aves. *En el sexto* mandó á la tierra que produjese las bestias y los reptiles ó vivientes que arrastran sobre la tierra, y con esto fueron acabados los cielos y la tierra, y todo su adorno. Tal es, en compendio, la sencilla relación que nos hace la Sagrada Escritura de la creación del mundo. Pero en su sencillez ¿qué portentos no encierra? Hágase el cielo, dijo, y el cielo fue hecho; hágase la tierra, y la tierra fué hecha; hágase el sol, la luna, las estrellas... y el sol, la luna y las estrellas... fueron hechas; háganse todas las cosas, y todas las cosas fueron hechas. ¡Oh poder omnipotente! Con un *hágase* lo hace todo. Con *un hágase* cría esta enorme masa de tierra que pisamos, esos asombrosos globos que voltean sobre nuestras cabezas, y esa inmensa bóveda de los cielos que nos rodea por todas partes. ¡Obras estupendas que asombran á todos los sábios, y que deben llamar la atención y llenar de admiración á todos los hombres! Paremos por algunos momentos nuestra consideración en ellas.

Mar y tierra. Después de cincuenta y ocho siglos, y de los más empeñados y penosos viajes, todavía no se ha podido averiguar á punto fijo la grandeza de la tierra, y aún es mayor la de los mares que la rodean. Pero... ¿dónde estriba, ó sobre qué cimientos descansa esta enorme masa de agua y tierra? No se sabe, ó por mejor decir, se sabe que sobre nada descansa. ¡Qué asombro! ¡Con que está en el aire! ¡Qué pasmo! ¡Y qué diremos de la multitud de séres que contiene esta gran mole! Son innumerables los vivientes que sustenta la tierra, y acaso encierran más los mares. La multitud de especies y la infinidad de individuos que se descubren á la simple vista nos admira. Pero es incomparablemente mayor la que nos descubren los instrumentos. Los cristales han presentado al hombre un nuevo mundo de vivientes que jamás había visto. ¡Y quién sabe si otros nuevos instrumentos descubrirán otro nuevo! Pero sin acudir á instrumentos ¡qué multitud de maravillas no se presentan al hombre por donde quiera que tiende su vista! ¡Qué cuadro tan admirable y magnífico no le ofrece el mar cuando la fija sobre aquella inmensidad de aguas congregadas, sobre aquel cristal inmenso en que tan vivamente re-

¹ Gen. 1.

verbera la Omnipotencia! Sus entumecidas olas, que al parecer tocan en el cielo, y sus espantosos abismos; sus impetuosas corrientes y sus sosegadas planicies; la variedad de islas. que descuellan sobre sus aguas, los dilatados continentes que las encierran, y hasta las menudas arenas que contienen, sus frecuentes alborotos y continuos flujos... todo es magnífico, todo encanta, y todo publica un Criador Omnipotente. No es menos admirable y magnífico, el cuadro que le presenta la tierra. Sus empinados cerros y enriscadas sierras, que reciben las nieves como en depósito para refrescarla á su tiempo; los torrentes que precipitan por sus despeñaderos para formar ríos caudalosos, que, corriendo apacibles por los valles, cruzan y dividen las provincias y los reinos, fertilizan los campos y llevan la abundancia por todas partes; la naturaleza, que renace en la primavera y viene á presentar de nuevo aquella multitud de vivientes y de plantas que habían desaparecido en el otoño; la variedad de flores y de frutos que vuelven á cubrir los campos... ¡Ah! una sola pradera ¡cuántas maravillas no presenta! ¡Qué variedad de yerbecitas! ¡Qué prodigiosa estructura en cada una de ellas! ¿Quién será capaz de conocer el modo con que se forman, la delicadeza de sus fibras, la multitud de piezas de que se componen los lazos que las unen, los resortes que las mueven, cómo rompen la tierra y se abren camino para vivir sobre ella, cómo se matizan de tan prodigiosos colores?... ¡Oh! entrad, sábios del mundo, en estos pormenores, y una sola violeta os dará ocupación para toda la vida. ¡Tan portentosa se ostenta por mar y tierra la Omnipotencia!

Cielos. Y si esto no sucede con el globo que habitamos y tenemos á la vista, ¡qué nos sucederá con esos globos que se mueven á tanta distancia de nosotros! El hombre que valiéndose de toda la penetración de su entendimiento, y auxiliándose de los admirables instrumentos que ha inventado el ingenio para acercar y abultar los objetos, entra en este campo de la Omnipotencia, luego se pierde en sus inmensos espacios, y se vé precisado á exclamar: ¡Altas son, Señor, vuestras obras! ¿Quién podrá pesarlas ni medirlas. En efecto¹, la tierra que nos parece tan grande, y que en realidad lo es, comparada con esa inmensa bóveda de los cielos, viene á ser como una menuda arena. La magnitud de los astros que la ocupan y la distancia en que se encuentran, es espantosa. Más de sesenta mil leguaa hay desde la tierra á la luna, pero esto es poco. El sol dista de la tierra más de veinticinco millones, y es un millón de veces mayor que ella. Aún más. Doscientos cincuenta y dos millones ponen desde la tierra al planeta Saturno. Un célebre matemático calculó, que una bala disparada de un cañón y volando siempre con igual velocidad, tardaría más de doscientos años en llegar desde la tierra á este planeta. ¡Quién aquí no se llena de estupor! Pues aún resta mucho que andar. Sobre el planeta

¹ Véase el discurso de Feijóo sobre lo máximo en lo mínimo, y el P. Almeida en las Recreaciones filosóficas.

Saturno están las extrellas. ¿Y á qué distancia? eso no se sabe. Todavía no se ha logrado inventar un instrumento con que medir su altura. Sin embargo, por un discurso bien fundado, infieren los astrónomos que las estrellas se elevan sobre la tierra más de quinientos millones de leguas. ¡Qué altura, cielos! ¿Cuál, pues, será su grandeza para alcanzarse á ver en tan enorme distancia? Habrá estrella que será un millón de veces mayor que el sol. ¡Espantosa magnitud! Pues hagamos ahora otra cuenta no menos espantosa. Siendo el sol un millón de veces mayor que la tierra, y no cubriendo de los cielos á la simple vista más que la copa de un sombrero, ¿cuál será la grandeza de los cielos que quedan descubiertos? ¿Cuántos millones de soles no cabrían en ellos? Hemos dicho que el sol dista veinticinco millones de leguas de la tierra. ¿Cuál, pues, será la extensión de los cielos por donde da su vuelta el sol y hace su carrera?¹ Más. Los planetas se elevan muchos millones de leguas sobre el sol. ¿Quién podrá calcular la grandeza de los cielos por donde caminan y dan vuelta los planetas? Todavía más. Las estrellas se hallan en tanta altura que ningún instrumento alcanza á medir su distancia. ¿Cuál pues, será la extensión y grandeza de los cielos por donde caminan y voltean las estrellas? ¡Oh cielos inmensos! ¡Oh criador Omnipotentel ¡Yo me abismo, me anonado y pego mi rostro con el polvo al contemplar las obras de vuestra diestra! Y ¿para quién hizo Dios estas obras inmensas? Esto es aún más asombroso. Las hizo para el hombre.

Creación del hombre. En efecto luego que Dios hubo criado el universo, diciendo *hágase* y hablando como uno en esencia, habló como trino en personas, y dijo: hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, y crió al hombre á su imagen y semejanza. Formó del barro un cuerpo de carne, el más prodigioso de todos los cuerpos por su organización, el más hermoso por su semblante, y el más noble por su postura recta y dispuesta para mirar al cielo, su patria eterna, á diferencia de la de los animales que mira hácia la tierra. Crió de la nada un alma sin semejante en el mundo, y solo semejante á Dios como los ángeles. Unió de un modo inefable este cuerpo y alma, y quedó hecho el hombre. Para este hombre, pues, para este ángel humano, para colocar esta imagen de su divinidad, para servir á este ser excelso, crió el universo. Más no paró aquí la liberalidad del Señor. Al mismo tiempo que lo formaba, infundía en su alma la gracia santificante, lo adornaba con las virtudes y dones del Espíritu-Santo, y le declaraba con derecho, después de haber reinado temporalmente en la tierra, á reinar eternamente en el cielo. Tan generoso, para no decir pródigo, anduvo Dios con el hombre en su creación.

Había plantado el Señor un Paraíso de delicias, y en él todo género de árboles hermosos á la vista y que llevaban frutas delicadas y suaves para el gusto. También había

¹ *Ya hemos advertido que el Sr. Mazo usa en esto del lenguaje común, no del científico, imitando en ello al texto Sagrado.*

plantado en medio de este Paraíso el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. En este delicioso jardín colocó Dios á Adán, al hombre que acababa de formar, para que se recrease en cultivarle, se alimentase con sus frutos, y fuese allí tan feliz cuanto podía serlo sobre la tierra, hasta que le pluguiese trasladarle al cielo; pero quiso probar antes su fidelidad, y darle la gloria á título de mérito; quiso probar y premiar su obediencia. Para esto le puso un precepto: de todo árbol del Paraíso comerás, le dijo, pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque en cualquier día que comieres de él, irremisiblemente morirás. El Señor sumergió después á Adán en un profundo sueño, y mientras que dormía, tomó una de sus costillas, y poniendo carne en su lugar, formó de ella una mujer. Vuelto Adán de su misterioso sueño, se la presentó el Señor, y al verla, dijo: Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Esta se llamará *varona* porque de *varón* ha sido tomada. El mismo Adán la llamó después *Eva*, porque había de ser la primera madre de todos los hombres. Eva, pues, fue formada, no de barro como Adán, sino de la carne de éste, ni fuera del Paraíso, sino en él; y así decimos en la *Salve los desterrados hijos de Eva*, y no de Adán, porque el país nativo de Adán fue el campo Damasceno, y el Paraíso lo fué únicamente de Eva. Esta recibió en su creación las mismas gracias, dones, virtudes y privilegios que el hombre de quien fue formada, y también el mismo precepto de no comer del árbol prohibido. Con la creación de Eva concluyó el Señor la del universo en el día sexto, y descansó en el séptimo, esto es, cesó, porque en Dios no hay ni puede haber cansancio.

Estado de la inocencia. Estaban desnudos Adán y Eva, advierte aquí el historiador sagrado, y no se avergonzaban. Esto era efecto de la justicia original en que habían sido criados, y de la inocencia en que se hallaban. Estado felicísimo, que sólo ellos podrían pintar con acierto, pero no sus infelices descendientes, que perdimos por el pecado las ideas exactas del pudor y la inocencia. Adán y Eva eran entonces como dos ángeles, dice San Juan Crisóstomo. Tenían cuerpos, pero como si no los tuvieran. Su alma estaba obediente en todo á Dios y dulcemente ocupada en amarlo. Su cuerpo estaba sujeto á su alma y seguía sin la menor resistencia sus impresiones. Los apetitos obedecían á la razón, y la carne era una fiel compañera del espíritu, dócil siempre á sus insinuaciones. El entendimiento estaba lleno de luz, conocía toda la naturaleza, y se recreaba en contemplarla y adorar al Autor de tantas maravillas. La voluntad lo estaba de rectitud y bondad: era señora de todos sus movimientos, y gozaba de un reposo siempre igual, tranquilo y dulce. En tan puro y dichoso estado nada tenían Adán y Eva de qué avergonzarse; pero su felicidad pasaba más adelante. Los animales les obedecían y obsequiaban á su modo; los árboles recreaban su vista con su frondosidad y regalaban su apetito con frutas exquisitas; las plantas presentaban alimentos abundantes para sustentarlos, y el fruto del árbol de la vida les preservaba de la vejez y de la muerte. Todo se reunía á formar su

felicidad, y nada había en el mundo que la turbase. El calor, el frío, el hambre, la sed, el dolor, la enfermedad, la muerte... á ninguno de estos ni otros males estaban sujetos, porque todo mal era incompatible con el estado de justicia original en que Dios les había criado.

Para colmo de su dicha sabían que la felicidad que ellos poseían pasaría toda entera á sus descendientes, porque no la poseían solamente como personas particulares, sino también como padres de todo el género humano, como cabezas de la gran familia que había de ocupar el universo, y como troncos de donde habían de nacer y descender todos los hombres. Ellos eran los primeros reyes que el Rey de los cielos había colocado en la tierra, y todos sus descendientes debían nacer reyes, y reinar como ellos sobre todas las demás criaturas que componían el universo. Tal era el estado en que fueron criados nuestros primeros padres, y que se ha llamado *estado de la justicia original y de la inocencia*. Eran tan dichosos en él, que nada les quedaba que desear para su felicidad temporal; y por lo que miraba á la eterna, nadie tuvo jamás esperanzas más dulces y más bien fundadas que Adán y Eva inocentes. En tan dichoso estado nada veían que les impidiese ir al cielo. Todo el camino era llano, no se encontraban en él ni un estorbo, ni un tropiezo. Desde el momento en que fueron criados, caminaban gozosos por medio de su felicidad temporal á la felicidad eterna que les estaba preparada en el cielo, donde entrarían cuando al Señor placiese, siendo transportados á él por un género de raptó, sin beber el amargo cáliz de la muerte. ¡Oh estado de la inocencia! ¡Oh estado infinitamente amable! ¡Quién hubiera alcanzado á poseerte!

Caida de nuestros primeros padres. Pero ¡ay cielos! ¡En qué estado tan infeliz no se convirtió este dichosísimo estado! Apenas se puede pensar en esta lastimosa tragedia, del género humano, sin que el corazón se angustie y extremezca. Los ángeles que llamamos demonios, habían cometido ya el atentado de revelarse contra Dios, y Dios los había condenado á un castigo eterno. Estos ángeles rebeldes, abrasados de la envidia, trataron de perder á los hombres que habían de sucederles en el cielo. Para esto uno de ellos (que sería Lucifer, como capitán de todos) tomó posesión de la serpiente, reptil astuto y sagaz para morder sin ser advertido. Eva, criada en el paraíso que había de ser su morada, quiso reconocer sus primores. Por desgracia se separó de su marido (pocas veces va bien la mujer sin su compañía), y paseando sola llegó al medio del paraíso, donde estaba el árbol de la ciencia del bien y el mal. Aquí la esperaba el dragón infernal para emponzoñarla. Moviéndose á su vista los órganos de la serpiente que había tomado por instrumento de su maldad, y formando palabras humanas, ¿porqué, la dijo, os ha mandado Dios que no comáis del árbol del paraíso? y ella le contestó: Comemos del fruto de los árboles del paraíso, pero del fruto del árbol que está en medio del paraíso, nos mandó Dios que no comiésemos, y que no le tocásemos, porque no muriésemos. No, dijo

entonces la serpiente, de ninguna manera morireis. Sabe Dios que en cualquier día que comiereis de él, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, sabedores del bien y el mal. Vió, pues, la mujer que era bueno el árbol para comer de él. Tomó de su fruto, y comió, y fue y dió á su marido que también comió. ¡Bocado infinitamente fatal!... ¡Bocado infinitamente funesto!... En el mismo instante se abrieron los ojos de ambos, no para ser como dioses, sabedores del bien y el mal, según les había prometido el tentador, sino para ver el abismo de males en que los había sumergido su desobediencia. De hombres angelicales, pasaron de repente á ser hombres carnales. Se vieron desnudos y se avergonzaron. Sintieron la rebelión de la carne, y esta rebelión los cubrió de empacho. La justicia original, que tenía en un perfecto orden toda la naturaleza, servía como de velo que ocultaba su desnudez. En castigo de su desobediencia retiró Dios este velo, y se encontraron de repente desnudos y avergonzados. En tan afrentoso estado acudieron á una higuera, cortaron hojas, las unieron, y se cubrieron con ellas. Tal fue la primera gala con que se adornan los hombres después del pecado.

Cuando acababan esta maniobra, oyeron la voz del Señor, y asustados, huyeron y se escondieron en lo más espeso del paraíso; pero cuando Dios persigue no hay donde esconderse. ¿Dónde estás, Adán? dijo el Señor; y Adán todo turbado, respondió: Oí, Señor tu voz; temí, porque estaba desnudo, y me escondí. ¿Y quién te ha advertido que estabas desnudo, dijo el Señor, sino el haber comido del árbol del cual te mandé que no comieras? La mujer que me disteis por compañera, respondió Adán; me dio del árbol, y comí. Y tú mujer, dijo á Eva, ¿porqué hiciste esto? Me engañó la serpiente, respondió y comí. Entonces dijo Dios á la serpiente: Maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra. Sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los días de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre su descendencia y la tuya. Ella quebrará tu cabeza, y tu acecharás á su talón. Dirigiéndose después el Señor á la mujer: multiplicaré, la dijo, tus penalidades y embarazos; en dolor parirás tus hijos: estarás bajo la potestad del marido, y él te dominará. En seguida dijo á Adán: Maldita la tierra en tu labor. En afanes comerás de ella todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. En el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de que has sido formado, porque polvo eres y en polvo te volverás. Después de fulminar el Señor estas sentencias terribles, que han tenido el más entero cumplimiento, llevado de su amor á la pureza, hizo unas túnicas ó sacos de pieles para cubrir la vergonzosa desnudez de estos delincuentes. Este fué el segundo traje de nuestros primeros padres, ¡Qué contraste con el de sus lujosos descendientes!... Cubriólos con ellos, y los arrojó del Paraíso. Así salieron de aquel lugar de delicias, cubiertos de pieles como dos bestias, los que habían sido establecidos en él como dos ángeles.

Estado de la culpa. Pero y ¡quién podrá imaginar el doloroso estado en que se hallaron Adán y Eva arrojados del Paraíso! Habían perdido por su delito la amistad de su Criador, la justicia original, la inocencia, las virtudes, los dones del Espíritu Santo, todas las gracias que habían recibido del cielo. Al espantoso golpe de su funesta caída, se había desconcertado toda la naturaleza, y trastornado el orden maravilloso en que había sido formada. En el momento que ellos desobedecieron á Dios, todo se rebeló contra ellos. El cuerpo desconoció el dominio del alma, la carne se rebeló contra el espíritu, las pasiones se amotinaron contra la razón, los apetitos se negaron á obedecer á la voluntad; en suma, el hombre inferior y carnal se rebeló contra el hombre superior y espiritual, y desde entonces principió esta lucha interior de que tanto se lamentaba San Pablo¹, y que todos por nuestra desgracia experimentamos demasiadamente. También los animales y demás criaturas, se negaron á su modo á obedecer á los que habían faltado á la obediencia á su Criador. ¡Qué estado tan triste y tan lastimoso!

Pero aún no tenían fin aquí sus desgracias. Veían que no solamente ellos habían perdido la felicidad en que habían sido criados, sino que en ellos la habían perdido también todos sus descendientes. Sabían que su pecado con todas sus fatales consecuencias pasaría á toda su posteridad, porque no era solamente un pecado personal, sino también capital; no era solamente un pecado del individuo, sino también de la naturaleza; no solamente un pecado actual, sino también *original*. Ellos habían pecado, no sólo como personas particulares, sino también como padres del género humano, como cabezas de la gran familia del universo, como troncos de donde habían de nacer todos los hombres, y como fuentes de donde habían de manar todas las generaciones. Ellos conocían que unos padres desheredados no podían transmitir á sus hijos la herencia que habían perdido; conocían que unas cabezas trastornadas no podían dejar de comunicar el trastorno á sus miembros, ni un tronco viciado el vicio á sus ramas, ni una fuente envenenada el veneno á las aguas que de ella manasen. En fin, nuestros primeros padres sabían que habían recibido la justicia original juntamente con la naturaleza, y que juntamente con ella debían transmitirla á sus descendientes; y si fué grande su gozo al saber que su felicidad pasaría á toda su posteridad, aún fue mayor su desconsuelo al ver que con su delito la habían privado de ella. Era, pues, en extremo doloroso el estado en que se hallaron nuestros primeros padres arrojados del Paraíso.

Sin embargo, el Señor, cuya caridad no tiene límites, había dejado entrever alguna esperanza de remedio para este abismo de males, cuando dijo á la serpiente que la mujer la quebraría la cabeza, anunciando ya desde entonces que la Santísima Virgen daría al mundo un Hijo, que sería el Hijo de Dios hecho hombre en sus purísimas entrañas; que

¹ Rom. VII, 14, et seq.

este hombre Dios quebraría la cabeza del dragón infernal, despojándole del poderío que le había dado el pecado sobre todo el género humano, y que, por los méritos de este Hombre Dios, aún podrían salvarse los hombres. Adán y Eva, penetrados del más profundo arrepentimiento, y animados de esta consoladora esperanza, volvieron sus lloros ojos al cielo, ofrecieron á Dios su dolor y sus copiosas lágrimas, imploraron sus misericordias, y al fin consiguieron volver á su gracia y amistad, aunque no al estado de la justicia original que perdido; mas esto les importaba poco en comparación de la pérdida de la gracia y amistad del Señor, y se tuvieron por muy dichosos en haber conseguido la reconciliación con su Criador; se sometieron resignados á sus adorables decretos, se conformaron con sus desgracias y castigos; se entregaron al trabajo y al afán para mantenerse con el sudor de su rostro; y una larga vida (que en Adán llegó á novecientos y treinta años) pasada en la penitencia, les consiguió la incomparable dicha de morir en la gracia del Señor, dejando á su posteridad un ejemplar tan terrible de la justicia de Dios en su castigo, como de su inagotable misericordia en su perdón.

Por esta historia, la primera de las historias y el fundamento de todas, pues sin el conocimiento de la caída de nuestros primeros padres y su pecado original todas se hacen *oscuras é incomprensibles*; por esta sagrada historia, se vé que Dios, después de haber criado al hombre en el estado de la justicia original, al verle perdido por su inobediencia, se compadece de él, le perdona el pecado y le vuelve á su divina gracia; porque Dios no sólo es el Criador de los hombres, sino también su Salvador.

Y el explicar el origen del mundo ó el del hombre en modo opuesto á la Sagrada Escritura ¿es pecado? -Es pecado mortal contra la Fé. -¿Y no han probado los sabios modernos ser falsas muchas cosas que defendían los antiguos? -Sí, pero no han probado ni probarán, porque es imposible, que sea falso nada de cuanto Dios nos ha revelado y nos propone su Iglesia.

El día en que se provase con evidencia cualquiera verdad opuesta á lo que Dios nos ha revelado y la Iglesia nos enseña ese día vendría abajo toda nuestra Religión; pero no hay temor que tal suceda ni ha sucedido en los diez y nueve siglos que llevamos de cristianismo, ni sucederá hasta el fin del mundo. Muchas veces han cantado victoria los enemigos de la Iglesia, pero otras tantas se han desvanecido como el humo sus alharacas, y todos los verdaderamente sabios y santos siguen tranquilos en el seno de la madre Iglesia, aumentándose su gozo cuando en él exhalan el último suspiro.

*La historia es buena prueba de ello; y aun lo que vemos pasar á nuestra vista. Por lo tanto, pensar que ó Dios no sacó el mundo de la nada, ó que no infundió en el cuerpo de Adán, padre común del linaje humano, un alma espiritual ó inmortal que á él y á todos sus descendientes diferencia esencial y substancialmente de todos los brutos, son errores

groseros y pecados contra la Fé. Por esto es sumamente peligroso leer libros que no estén aprobados por la autoridad eclesiástica¹.

La censura eclesiástica ¿coarta los progresos de la ciencia? -Lo que coarta son las aberraciones del orgullo: la Iglesia prohíbe escribir cosas contrarias á las que Dios ha revelado, y nada más justo.*

En efecto, sólo quien no crea en Dios ni en su Iglesia, puede mirar con mala cara esta reprensión; como solo los malhechores son los que se quejan de que haya autoridad que vigile. Si algún impío, echándola de sábio, urge con que la Iglesia condenó á muchos sábios, por ejemplo, á Galileo, porque descubrían nuevos horizontes en el saber, se responde que es falso, y que tanto esa como otras pesadillas de los herejes, de puro aclaradas y disipadas á la luz de los hechos, no pueden ya aducirse sino ó de mala fe ó por ignorancia muy supina².

¿Cómo es Salvador? -Porque dá la gracia y perdona los pecados.

Así como Dios es el Criador de todos los seres, así también es el Salvador de todos los hombres. Nadie puede salvarnos sino Dios, porque nadie puede darnos la gracia y perdonarnos los pecados, sino Dios. Los justos de la tierra, los Angeles y Santos del cielo, y sobre todo la Reina de los Angeles, pueden ser y en efecto son nuestros mediadores e intercesores para con Dios; ruegan por nosotros, y nos consiguen gracias de su inmensa bondad y perdones de su infinita misericordia: pero no pueden darnos ni una sola gracia, porque toda la gracia viene de Dios; ni perdonarnos ni un solo pecado, porque también todo perdón viene de Dios. Y así, cuando pedimos gracias y misericordias á la Santísima Virgen, Angeles y Santos, no es para que ellos nos las den, sino para que nos las consigan de Dios nuestro Salvador.

¿Cómo es Dios glorificador? -Porque dá la gloria á quien persevera en su gracia.

La gloria dará el Señor, dice el Profeta³, pero no la dará sino á los que perseveran en su gracia. Perseverar en su gracia es sostenerse en su gracia, andar en su gracia; vivir en su gracia, y sobre todo morir en su gracia; porque Dios, aunque prepara la gloria á los que viven en su gracia, no la dá sino á los que mueren en su gracia. Más para morir en su gracia, el camino real es vivir en su gracia, pues como dice el proverbio, según se vive, se muere. Es verdad que puede suceder, y que por desgracia sucede algunas veces, que almas que han vivido mucho tiempo bien, se dejan por último vencer y arrastrar al delito, y paran en morir mal. ¡Desgracia inmensa, que debe hacer temblar á los más

¹ *El antes citado libro del P. José Medive, evidencia á la larga lo arriba indicado: cómo todos los adelantamientos del siglo vienen á confirmar las verdades que la Iglesia enseña.*

² *Recomiendo de nuevo, para este y otros puntos, los libros, antes citados, del P. Medive y P. Franco.*

³ Ps. LXXXIII, 12.

justos! También puede suceder que después de haber vivido mal, se muera bien, porque el tiempo de la misericordia de Dios para con el pecador no se acaba sino con su último aliento; pero esto no sucede sino por un género de prodigio. Lo común y regular es morir como se vive. La Sagrada Escritura nos presenta desde el principio del mudo á todo el género humano dividido en dos porciones, una de hombres que viven bien y mueren bien, y otra de hombres que viven mal y mueren mal. También nos presenta lastimosos ejemplares de hombres que vivieron mucho tiempo bien, y vinieron á morir mal; pero apenas se lee en ella más que un ejemplar de haber vivido mal y morir bien. Este es el del buen ladrón, y para eso fue necesario que muriese al lado de Jesucristo, en cruz como Jesucristo, y que lo convirtiesen las miradas de Jesucristo.

En vista de esto, ¿quién excusará de funestamente temeraria la conducta de aquellos pecadores que viviendo mal esperan morir bien? ¿Qué dilatando siempre su conversión, aguardan á convertirse en la hora de la muerte? ¿Qué cuentan con un *pequé* para conseguir el cielo en aquella hora terrible? ¿Qué temeridad tan temeraria! Ellos quieren vivir en pecado y morir en gracia, ó lo que es lo mismo quieren pasar su vida siendo enemigos de Dios, y morir en su amistad... Pero esto es un género de imposible. Y ¿qué terrible es, Dios mío, reducir la salvación á un género de imposible!

El mayor don que Dios concede á los hombres en esta vida, es el de la perseverancia final, esto es, el don de morir en su divina gracia. Este es el don de los dones, sin el cual todos los demás dones son perdidos; es el don que distingue á los predestinados de los réprobos; el don, en fin, que corona las virtudes de los justos, y los coloca en el número de los bienaventurados. Y ¿quién es más indigno de este don incomparable, que el pecador que dilata su conversión para el tiempo de la muerte, ó que cuenta con un *pequé* para aquella última hora? ¿Qué se resiste en el discurso de su vida con una constancia impía á los llamamientos de la gracia? ¿Qué se atreve á señalar al arbitrio de los tiempos el momento que destina para responder á estos divinos llamamientos? ¿Qué elije servir en vida al mundo y al demonio á quienes nada debe, y se niega á servir á Dios á quien lo debe todo? ¿Qué quiere que Dios le pague el servicio que ha hecho al diablo? (¡qué blasfemia!) ¿Y que jamás trataría de volverse á Dios, ni en la hora de la muerte, si no temiera el infierno? ¿Puede haber un alma más indigna del don de la perseverancia final? ¿Y qué vendrá á ser de ella, puesto que sin este don no hay sino infierno? ¡Qué porvenir tan espantoso!... Huyamos, católicos, de tan horrible precipicio. Procuremos vivir en gracia de Dios para morir en su gracia. Pidámosle continuamente el preciosísimo don de la perseverancia final, no sólo con las palabras, sino también y principalmente con las obras. El Señor, que es rico en bondades y misericordias, nos le concederá, y con él mereceremos entrar en la gloria, porque Dios dá la gloria á quien persevera en su gracia.

¿Tiene Dios figura corporal como nosotros? -En cuanto Dios no, porque es espíritu puro, pero sí en cuanto hombre.

Dios en el principio del mundo crió seres puramente espirituales, que son los Angeles, y seres puramente corporales, que son los que componen el universo. Después crió otro sér que participa de ambos, porque es espiritual y corporal. Este es el hombre, que consta de cuerpo y alma. Así lo tiene definido el cuarto Concilio general Lateranense¹. Dios no es corporal como los seres que componen el universo, ni espiritual y corporal como el hombre, ni puramente espiritual como los ángeles. Dios es un espíritu purísimo, infinitamente puro, espiritualísimo, infinitamente espiritual; es la espiritualidad por esencia, es la suma espiritualidad; por consiguiente, cuando la Sagrada Escritura atribuye á Dios cosas corporales, cuando, por ejemplo, nos dice que Dios es más alto que el cielo y más profundo que el abismo², no quiere decir que haya en Dios altura ó profundidad, sino darnos á entender con estas comparaciones otras cosas incomparablemente mayores. Por altura de Dios nos significa su infinita superioridad, y por profundidad su inmensa penetración. Del mismo modo cuando nos habla de ojo, de brazo ó de mano de Dios, por ojo se entiendo que todo lo vé, por brazo que todo lo puede, por mano que todo lo hace, y así de todo lo demás que significa cosa corporal en Dios, porque Dios, en cuanto Dios, es un espíritu purísimo; pero como Dios, por las entrañas de su misericordia, nos visitó viniendo de lo alto y haciéndose hombre, aunque no tiene figura corporal en cuanto Dios, la tiene en cuanto hombre.

DECLARACIÓN Y EXPLICACIÓN

de los otros siete artículos que dan noticia distinta de Jesucristo nuestro Redentor.

¿Cuál de las tres divinas personas se hizo hombre? -La segunda, que es el Hijo. -El Padre ¿hízose hombre? -No, Padre. -El Espíritu-Santo ¿hízose hombre? -No, Padre. -Pues ¿quién? -Solamente el Hijo, el cual hecho hombre se llama Jesucristo.

Pudo hacerse hombre el Padre ó el Espíritu-Santo del mismo modo que el Hijo, más ¿por qué se hizo hombre el Hijo, y no el Padre ni el Espíritu-Santo? Es un secreto de Dios que debemos adorar, sin querer averiguarlo. Este es un punto en que solo se pue-

¹ Cap. Firmiter.

² Job. XI, 8.

den aventurar conjeturas, y á los fieles basta saber que encarnó solamente el Hijo, el cual hecho hombre se llama Jesucristo.

Según eso, ¿quién es Jesucristo? –Es el Hijo de Dios vivo, que se hizo hombre por nos redimir y dar ejemplo de vida.

A nada debiéramos aplicarnos con más anhelo que á conocer á Jesucristo. Nada más necesario que conocer bien esta divina Víctima, sacrificada en la cruz por los pecados del mundo. Toda la ciencia de los Apóstoles era Jesucristo crucificado; toda su predicación y todo su celo se dirigía á hacer que se le conociese y adorase. Por eso no es de extrañar que empleasen la mayor parte del Credo en dar á conocer á Jesucristo. Pero ¿quién es Jesucristo? Es la segunda persona de la Trinidad beatísima, el Hijo eterno del eterno Padre, el resplandor de su gloria¹, y la imagen de su substancia: es la sabiduría increada, el Primogénito antes de todas las criaturas y antes de todos los siglos, y por quien han sido hechas todas las criaturas y todos los siglos: es el Verbo eterno, que en la plenitud de los tiempos encarnó por virtud del Espíritu-Santo, y se hizo hombre *por redimirnos y darnos ejemplo de vida.*

Por redimirnos. El pecado nos había privado de la gracia de Dios y de la herencia del cielo, y además nos había hecho esclavos de Satanás y reos del infierno. Nada había en todo lo criado, ni podía haber en todo lo creable, que fuera capaz de reparar nuestra desgracia, porque siendo tanto mayor una ofensa cuanto es mayor la majestad ofendida, y siendo infinita la majestad de Dios ofendida por el pecado, la ofensa era infinita; y una ofensa infinita no podía ser reparada ni por todo lo criado ni por todo lo creable, porque todo lo criado y todo lo creable es limitado y finito. Por consiguiente, después del pecado, no nos restaba otro destino que penar eternamente en el infierno como los ángeles rebeldes, y mezclados con ellos. Pero ¡oh abismo de piedad y misericordia! Este mismo Dios infinitamente ofendido, salió á reparar El mismo esta ofensa infinita; y lo que no había hecho por los ángeles, criaturas tan hermosas y perfectas, lo hizo por los hombres, criaturas tan inferiores á los ángeles. Se hizo hombre por redimirnos.

Y darnos ejemplo de vida -Si Jesucristo no fuera verdadero Dios, dice San León², no nos traería el remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos daría el ejemplo. Jesucristo es el gran modelo que nos ha dado el Padre celestial para que le imitemos, y no quiere admitir en el cielo á los que no sean conformes á este divino modelo, dice San Pablo³. Los justos de todos los tiempos no han hecho otra cosa que imitar á Jesucristo, y aquellos han sido más santos que le han imitado mejor. Es verdad que la vida de Jesucristo es la vida de un hombre Dios, y no puede ser imitada enteramente, ni por el más

¹ Heber. I, 3.

² Serm. de Nativ. Dom.

³ Rom. VIII. 29.

santo de los hombres, ni por el más encumbrado de los serafines hecho hombre; pero todos los hombres habríamos de imitarle del mejor modo que podamos. Para esto es necesario advertir, que la vida de Jesucristo está compuesta y divinamente entrelazada de *pasajes admirables* y de *pasajes imitables*, de *prodigios* y de *virtudes*. De prodigios que son los cimientos sobre los cuales está fundada la fé, y que debemos adorar; y de virtudes, que son los dechados de nuestras costumbres, y que debemos imitar.

Convertir el agua en vino en las bodas de Caná, multiplicar los panes en el desierto, dar oído á los sordos y vista á los ciegos, sanar de repente á los enfermos y resucitar los muertos, caminar sobre los mares y serenar las borrascas, trasfigurarse en el Tabor y presentar su cuerpo rodeado de gloria á la vista de los Apóstoles... éstos y otra multitud de prodigios obrados por Jesucristo para hacer ver á los hombres que era el Hijo de Dios vivo, el Mesías prometido y el Redentor de los hombres... todos estos portentos, repito, son admirables, pero no son imitables.

Llevar una vida oculta en Dios hasta la edad de treinta años; emprender desde esta edad una vida pública por la gloria de su Eterno Padre y la salvación de los hombres; enseñar el camino del cielo á los ignorantes, y corregir con caridad á los pecadores; consolar al afligido y volver por el desamparado; hacer bien á todos los hombres y no hacer mal á ninguno; defender la causa del huérfano y de la viuda. Por mansa y humilde de corazón, padecer con resignación y en silencio, conformarse y abrazarse con la cruz... esto es lo que los hombres debemos imitar de la vida de Jesucristo, cada uno según nuestro estado, condición y circunstancias, puesto que no hay estado, edad ni profesión á la que no deba servir de modelo la vida de Jesucristo.

Querer hacer aquí una relación de todas la virtudes de que está compuesta esta vida divina, sería intentar un imposible. La frecuente lectura de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los Expositores católicos, enseñaría bellamente gran parte de estas virtudes; pero esto no está al alcance del común de los fieles¹, y en su defecto la lectura de libros sólidamente piadosos, como el *Granada*, *Sales*, *Kempis*, *Combate espiritual*, *Rodriguez* y otros semejantes, que han compendiado las principales máximas y virtudes contenidas en la vida de Jesucristo, enseñarán á cada uno las que debe de practicar para imitar á este Hijo de Dios, hecho hombre por redimirnos y darnos ejemplo de vida.

¿Qué quiere decir Jesús? -Salvador.

Los nombres son ciertas palabras con las cuales intentamos dar á conocer las personas ó las cosas; y no habiendo palabras para dar á conocer lo infinito, se han usado muchos nombres con respecto á Jesucristo, que en cuanto Dios es infinito. Por eso en las

¹ Remitimos al lector al tomo V del *Compendio de la Historia de la Religión* escrito por el mismo Sr. Mazo.

Sagradas Escrituras se le llama *Verbo eterno, Sabiduría increada, Cordero de Dios, Angel del gran consejo...* y se le dán otra multitud de nombres cuya enumeración formaría por sí sola un libro; pero el que más se repite en ellas y que más usamos los cristianos, es el de *Jesús*, nombre dulcísimo traído del cielo por el arcángel San Gabriel, cuando vino á anunciar á la Santísima Virgen que tendría un Hijo y lo llamaría *Jesús*, nombre *propio* del Hijo de Dios, desde que salió por fiador y Salvador de los hombres; nombre sobre todo nombre, con que lo ensalzó su Eterno Padre, por haberse humillado hasta morir en una cruz por los hombres.

¡Qué dulce debe ser para el cristiano pronunciar este divino nombre! San Pablo no se cansaba de repetirlo y le estampó más de doscientas veces en sus cartas. San Ignacio mártir lo tenía continuamente en sus labios. San Bernardino de Sena no sólo le pronunciaba continuamente, sino que le traía escrito y colgado al pecho. Santa Teresa no quiso llamarse sino de *Jesús*, y San Ignacio de Loyola dió á su religión el nombre de Compañía de *Jesús*. No me gustan los libros, decía San Bernardo¹, si no leo en ellos el nombre de *Jesús*; me fastidian las conversaciones si no se repite en ellas muchas veces este dulcísimo nombre; pero ¿qué santo, qué cristiano verdadero ha habido, que no haya profesado una tierna devoción al nombre de *Jesús*? ¿Cuál es el alma piadosa que no traiga continuamente entre sus labios este dulcísimo nombre? Jesús significa Salvador, y el Hijo de Dios le tomó para decirnos con él *que es nuestro Salvador*.

¿De qué nos salvó? –De nuestros pecados y del cautiverio del demonio.

Jesucristo es Dios y es hombre. Como hombre padeció y murió; como Dios hombre satisfizo y mereció. En Jesucristo padeció y murió la naturaleza humana, pero satisfizo y mereció la persona divina; porque la satisfacción y el mérito son de la persona y no de la naturaleza; por consiguiente la satisfacción y merecimientos de Jesucristo, fueron de un valor infinito, porque la persona divina que merecía y satisfacía era infinita. Así es que este divino fiador de los hombres, como Redentor del género humano, ofreció á su Eterno Padre, en su pasión y su muerte, una satisfacción plena y sobreabundante por todos los pecados del mundo, y sólo resta á cada uno de los hombres tener la disposición conveniente para que se le aplique esta divina satisfacción, lo cual se verifica principalmente por los Santos Sacramentos, como se dirá cuando se trate de ellos. Jesucristo presentó á su Eterno Padre una satisfacción cumplida, no sólo por el pecado original, sino también por los personales; no sólo por los cometidos desde el principio del mundo, sino por todos lo que se cometerán hasta el fin del mundo; porque Jesucristo ofreció á su Eterno Padre el precio infinito de su pasión y su muerte por todos los pecados del mundo. Los Patriarcas, los Profetas y todos los justos del antiguo Testamento se salva-

¹ Serm. XV, sup. Cant.

ron en atención á este precio infinito, y los últimos justos que habitan la tierra se salvarán á costa de este mismo precio.

Pero Jesucristo, librándonos del pecado, nos sacó también del cautiverio del demonio. Una de las más funestas consecuencias que nos trajo el pecado, fué este cruel cautiverio. La historia sagrada nos manifiesta continuamente el poderio espantoso que este príncipe del abismo ejercía sobre los hombres, y la historia profana concuerda con la Sagrada en esta parte. Dominaba en sus almas, no sólo por el pecado original, sino también por los continuos y enormes delitos personales en que les precipitaba; logrando por este medio oscurecer su entendimiento hasta el extremo de no conocer á su mismo Criador. De este modo consiguió sumergir á los hombres en el abismo de la idolatría, y ser adorado como Dios en la tierra, ya que no lo había podido conseguir en el cielo. Baco, dios de la borrachera; Marte, dios de las venganzas; Venus, diosa de las torpezas, y todos los demás dioses que adoraron los hombres, no fueron otra cosa que ídolos diversos en que era adorado el demonio; de modo que este ángel de tinieblas venía á ser el ídolo universal que adoraba el mundo. Es verdad que el Señor se reservó algunos fieles adoradores, como Job, los Patriarcas, y particularmente el pueblo que se escogió en la descendencia de Abraham, para que fuese el conservador de su divino culto en medio de la idolatría universal; pero aun este pueblo escogido se dejó engañar muchas veces del tentador, y corrió á doblar su rodilla ante los ídolos que adoraban los demás hombres, esto es, á rendir vasallaje al demonio á los piés de sus ídolos. Tan general era su dominio, y tan extenso su imperio sobre el triste género humano, hasta que el Hijo de Dios vino á destruirlo á costa de su pasión y su muerte, y á sacarnos de su cautiverio.

Y á este quieren avasallar de nuevo la sociedad los descreídos de este siglo, tratando de destruir la Religión cristiana.

¿Qué quiere decir Cristo? -Ungido. -¿De qué fué ungado? -De las gracias y dones del Espíritu-Santo.

Con el sagrado nombre de *Cristo* fué anunciado muchas veces el Salvador del mundo en el antiguo Testamento, y con él es conocido continuamente en el nuevo. Cristo significa ungado. La unción fue una señal de la primera distinción y significación en el pueblo escogido. Se ungía no solamente á los sacerdotes que habían de servir en el templo, sino también á los profetas que habían de anunciar á Jesucristo, y á los reyes que habían de gobernar aquel pueblo que sombreaba el pueblo de Jesucristo. En atención á esta unción sagrada, los sacerdotes, los profetas y los reyes eran llamados *ungidos del Señor*, y tenidos en gran veneración y respeto. Jesucristo, representado por estos ungidos, reunió en Sí de un modo eminente sus dignidades y su unción. Fué el gran sacerdote, el gran profeta, el gran rey, el gran ungado. Los sacerdotes, profetas y reyes eran ungidos con el aceite de olivas, mezclado con diversos aromas y bálsamos; Jesucristo lo

fué con el óleo de la divinidad¹, derramado sobre la dichosísima humanidad á que estaba unida, y con la plenitud de los dones del Espíritu-Santo. Así que este nombre, *Cristo*, aplicado al Salvador del mundo, es un nombre divino, que unido al dulcísimo, nombre *Jesús*, forma el gran nombre *Jesucristo*, con que le invocamos continuamente.

Cristo nuestro Señor ¿cómo fué concebido y nació de madre vírgen? -Obrando Dios sobrenatural y milagrosamente.

Cuando vino la plenitud del tiempo, dice San Pablo², Dios envió á su Hijo: Cuatro mil años habían pasado desde que pecaron Adán y Eva hasta que el Hijo de Dios vino al mundo³. El Padre de misericordias, compadecido del género humano, le prometió desde el principio este divino Reparador de sus desgracias; pero no le envió, sino después de cuatro mil años. La razón de esta dilación sólo á Dios es conocida. Sin embargo, los santos Padres, expositores y teólogos encuentran varios motivos para ella. *Primero*. Para que conociendo los hombres por una larga experiencia, sus miserias y la suma necesidad de este soberano médico, le pidiesen fervorosamente al cielo, como en efecto lo hicieron los justos del antiguo Testamento. *Segundo*. Para manifestar la grandeza de este divino Redentor cuya venida se esperaba por tantos siglos, y se preparaba con tanto aparato y magnificencia. *Tercero*. Para que anunciándole en todo este tiempo una multitud de profecías, figuras y sacrificios, los hombres no pudiesen dejar de conocerle, cuando se presentase, viendo cumplido en su persona cuanto de él se habían profetizado; figurado y representado. Por estos motivos y otros muchos que alegan, se dilató según se alcanza á conocer por los hombres, la venida de Jesucristo hasta los cuatro mil años después de cometido el delito y prometido el remedio. ¿Y qué sucedió en el discurso de tantos siglos? Esto es de lo que debe tener alguna noticia el cristiano, y la que vamos á darle, aunque compendiosamente.

Historia de los cuatro mil años del mundo hasta la venida de Jesucristo.

En estos cuatro mil años la tierra fué poblada dos veces: una por los descendientes de Adán y Eva, y otra por los de Noé su mujer. Adán y Eva, después de su destierro tuvieron hijos é hijas. El primer hijo se llamó Caín, el segundo Abel; Caín mató á su hermano Abel, y en esta atrocidad principió á manifestarse la fiereza que el pecado original había introducido en el corazón humano. Este cruel patricida fué tronco de una descendencia perversa, que formó, hasta el diluvio universal, un pueblo de malvados.

¹ Hebr.1.9.

² Galat. IV, 4.

³ *Hay opiniones sobre esta fecha, y el Sr. Mazo sigue la más generalmente admitida.*

Adán y Eva tuvieron un tercer hijo al que su madre llamó Seth, diciendo: Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel, á quien mató Caín; Seth inocente como Abel, fué tronco de una descendencia justa, que conservó el culto del Señor y la pureza de las costumbres por más de mil años, hasta que mezclándose con la malvada raza de Caín por enlaces matrimoniales, vino á ser tan perversa como ella. Entonces, viendo el Señor que todos los hombres se habían pervertido, determinó acabar con todos por medio de un diluvio. Pero entre tantos criminales se hallaba un justo. Este era Noé; y el Señor, que no quería acabar con el género humano, sino con sus delincuentes, escogió este justo para conservarlo. Antes de enviar el diluvio, le mandó que fabricase una arca grande para salvarse en ella con su familia, que se componía de su mujer, sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, y las tres mujeres de estos, y para conservar también en ella las especies de los vivientes terrestres. Noé ejecutó puntualmente lo que le mandó el Señor. Fabricó el arca, se entró en ella con su familia, y encerró también en ella todas las especies de animales que viven en el aire y sobre la tierra. El Señor cerró por fuera, y en aquel momento principió el diluvio.

Los mares saltaron sus barreras, y se arrojaron sobre la tierra y las nubes, cubriendo el cielo, se abrieron por todas partes, y estuvieron vertiendo torrentes sin cesar por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, hasta que las aguas se elevaron quince codos sobre las cumbres más altas. El arca subió al paso de las aguas, y siempre sobre ellas. Ciento y cincuenta días permanecieron éstas cubriendo el universo sin disminuirse ni aumentarse. Cuantos vivientes había sobre la tierra y en el aire, todos perecieron. El arca protegida y gobernada por el Señor, navegó todo este tiempo sobre aquel diluvio que se había tragado el mundo, hasta que bajando las aguas reposó sobre el monte Ararat, en Armenia. Noé salió con su familia de esta prodigiosa nave al año cumplido de haber entrado en ella, y sacó todos los animales que había encerrado para conservar sus especies.

Noé lleno de piedad y reconocimiento, levantó enseguida un altar, y sobre él ofreció á Dios un sacrificio de alabanza en acción de gracias. Vivió Noé aún mucho tiempo y concluyó una vida de nuevecientos y cincuenta años con la muerte de los justos. Sus hijos volvieron á poblar la tierra con numerosas descendencias, pero desgraciadamente los delitos se multiplicaron con ellas, y la idea del Criador llegó casi á perderse. Adoraron á las criaturas, y se entregaron á una idolatría universal. Sin embargo, el conocimiento de Dios se conservó en algunas familias, y antes que se acabase de perder, eligió el Señor un descendiente de Sem para que lo trasmitiese á su posteridad. Abraham fué el dichoso escogido para tan gloriosa obra. Estando en Mesopotamia, su pátria; el Señor le llamó y mandó que pasase á Canaán. Esta era la tierra que Dios había destinado para que fuese la herencia del pueblo que iba á formar la pátria de su Santísimo Hijo hecho

hombre, y el teatro de la Redención del mundo. Y esta misma tierra es la que después de haber nacido, vivido y muerto en ella Jesucristo, se ha llamado *Tierra Santa*.

Dios prometió á Abraham que tendría una numerosa descendencia, que sería la depositaria de su culto entre todas las naciones de la tierra, y que de ella nacería el Salvador de los hombres. Lo mismo repitió á su hijo *Isaac* y á su nieto *Jacob*, que tambien se llamó *Israel*. Jacob tuvo doce hijos, y éstos fueron las cabezas de las doce tribus de Israel, que vinieron á formar el pueblo escogido de Dios. Murieron Abraham é Isaac en la tierra de Canaán, y Jacob quedó sin padre y sin abuelo, pero rodeado de una familia numerosa. Habitaba pacíficamente en aquella tierra feliz, cuando la envidia y el ódio vinieron á turbar su sosiego. Jacob amaba singularmente á su hijo José, porque el Señor se le había concedido en su ancianidad, y los hermanos tomaron envidia de esta preferencia, á la que se juntó un ódio mortal porque José dio cuenta á su padre de un crimen pésimo de sus hermanos. Estos tuvieron ocasión de haberle á las manos en ausencia de su padre, y trataron de vengarse. Primero determinaron matarle; pero no atreviéndose á derramar la sangre de su hermano, le arrojaron á un pozo sin agua para que muriese en él abrasado de la sed y consumido del hambre. A este tiempo pasaron por allí unos mercaderes que bajaban á Egipto, y sacándole del pozo, se le vendieron. Estos le volvieron á vender en aquel reino, y José, en la condición de esclavo, se granjeó, con su virtuosa conducta, el aprecio de su dueño. Siete años había pasado en Egipto, cuando su rey Faraón tuvo unos sueños misteriosos que ninguno de sus adivinos supo interpretar. Dios comunicó la sabiduría á José, quien declaró los sueños, y en agradecimiento le nombró el rey su primer ministro, e intendente general del reino. La administración de José fue tan sábia que todo abundó sobre manera en su tiempo. Hubo entónces un hambre general en la tierra de Canaán que obligó á su padre Jacob á dejar su amada pátria y á pasar á Egipto con toda su familia, que, sin contar las mujeres se componía de sesenta y nueve personas. José, vendido por sus hermanos había sido conducido allá delante de ellos por la divina Providencia¹ para ocurrir á esta necesidad y fijarles en aquel reino, en el cual quería el Señor formar su pueblo.

En efecto, Jacob y su familia se establecieron en Egipto bajo la protección de José, á quien Dios había hecho como padre del rey. Habían llevado de la tierra de Canaán, sus rebaños, y continuaron pastoreándoles en Egipto, y sirviendo al Dios verdadero en medio de un pueblo idólatra. El Señor multiplicó de un modo asombroso esta familia escogida. Pero habiendo muerto José, y subido al trono otro Faraón que no había conocido ni experimentado sus beneficios, trató de contener esta prodigiosa multiplicación de una manera cruel. Mandó á las parteras que matasen al nacer todos los niños que pariesen

¹ Gen. XLV, 5 et seq.

las mujeres de los *hebreos* (así llamaban á la familia de Jacob, sea porque descendía de *Heber*, sea porque había venido de otra tierra), y no cumpliendo aquéllas con esta orden inhumana, mandó al pueblo que les arrojase al río. Pero no hay consejo contra el Señor. A pesar de estas órdenes de exterminio, y de los durísimos trabajos que impuso el rey á los hebreos éstos continuaron aumentándose tan prodigiosamente como antes. Casi cien años sufrieron en Egipto la esclavitud mas espantosa, hasta que compadecido el Señor de su aflicción, determinó sacarles de tan duro cautiverio, y volverlos á la tierra de Canaán que había prometido á Abraham para su descendencia, y que por esta promesa se llamo *Tierra de promisión* ó prometida. Dios eligió á Moisés; descendiente de Leví hijo tercero de Jacob, para esta portentosa empresa, y le dio por compañero á su hermano Aaron. Estos enviados del Señor se presentaron á Faraón, y le intimaron la orden de Dios para que diese libertad á su pueblo; pero el rey se negó absolutamente á permitir su salida. Entonces el Señor afligió al rey y al reino con diez calamidades terribles, que se han llamado *plagas de Egipto*. La última fué la muerte de todos los primogénitos, desde el hijo del rey que se sentaba con él en su trono, hasta el hijo de la esclava que molía en la tahona. En aquella noche de horror, en que el Angel del Señor, ejecutaba esta plaga espantosa, se oyó un clamor de llantos y lamentos en todo Egipto, porque no había casa en que no se hallase un muerto. Aterrado Faraón, llamó á Moisés y Aarón sin esperar á que amaneciese, y les mandó que saliesen al momento ellos y todo su pueblo. Los mismos egipcios les estrechaban fuertemente á que saliesen, diciendo: Si no salen, todos moriremos.

Apenas aclaró el día, salió toda la multitud de los hijos de Israel, y se dirigió á la tierra de promisión en número de más de tres millones, todos descendientes de aquellos sesenta y nueve varones que componían la familia de Jacob cuando entró en Egipto. Multiplicación asombrosa, que el Señor había concedido á la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob, para formar de ella el pueblo que les había prometido. Luego que salieron de Egipto, el Señor envió un Angel que les precediese y guiase. Este Angel del Señor marchaba á su frente envuelto en una nube que les hacía sombra en el día y les alumbraba en la noche. Faraón se arrepintió de haberles dado libertad, puso en movimiento todo su ejército, marchó en su persecución y les alcanzó á las margenes del mar Rojo. Entonces la nube, dejando el frente del pueblo, fue á colocarse detrás de él y se situó entre el ejército y el pueblo. Moisés extendió su mano sobre el mar por orden del Señor, y el mar se dividió, formando sus aguas dos montañas á derecha é izquierda del camino que por el mar abrió el Señor á su pueblo. Entraron los hijos de Israel por medio del mar seco, y siguiendo su alcance los egipcios, entraron también en pos de ellos, pero interpuesta siempre la nube. Luego que acabaron de pasar los israelitas, volvió Moisés á extender su mano sobre el mar, y desplomándose aquellas montañas de agua que se habían

formado á derecha é izquierda del camino, envolvieron en sus abismos á Faraón, sus carros, sus caballos, sus caballeros y todo su ejército, sin quedar un solo hombre que llevase á Egipto la noticia. Así libró el Señor para siempre al prisionero Israel de sus tiranos carceleros. Los Israelitas acamparon en la ribera opuesta, y al volver los ojos al mar por cuyo abismo habían pasado, poseídos de un asombro que sólo ellos podrían explicar, adoraron al Dios de los portentos, bendijeron de mil modos su Omnipotencia, y entonaron en la efusión de su reconocimiento aquel admirable cántico de acción de gracias¹, que ha sido como el modelo de cuantos se han dirigido después al cielo.

Cumplidos estos deberes, dejaron aquellas riberas para siempre memorables, y se dirigieron á la tierra prometida tantas veces á sus padres. El Angel del Señor, envuelto siempre en la nube, les precedía y guiaba, y Moisés, su caudillo, les ordenaba y gobernaba. Cuarenta años anduvieron por un árido desierto, y en todo este tiempo conservó el Señor sus vestidos y calzados sin gastarse², los alimentó con el maná ó pan del cielo³, y les dió agua que hizo manar con abundancia de una durísima piedra⁴. Al fin de los cuarenta años, en los que obró el Señor portentos inauditos con su pueblo, llegó éste á la tierra prometida y se posesionó de ella. Allí vinieron á formar una nación poderosa. Al principio fueron dirigidos por jueces, que gobernaban en nombre del Señor, mas á los trescientos años de este gobierno quisieron tener rey como las demás naciones, y el Señor les concedió á Saul. Este primer rey de Israel fué desechado del Señor por su inobediencia, y para sucederle, se escogió un siervo fiel en David, cuya descendencia ocupó el trono hasta la venida del Mesías, que debía nacer de su familia. Diez siglos corrieron desde que subió David al trono hasta que bajó de él su último descendiente. En este tiempo envió el Señor muchos profetas que anunciaron hasta las más pequeñas circunstancias de la vida del Mesías desde su bajada á la tierra, hasta su vuelta á los cielos. El reino entero, por decirlo así, no fue otra cosa que una viva y continuada representación de este Hijo del Altísimo que había de venir á salvar el universo. Su Jerusalén, su templo, sus cultos, sus sacrificios... sus triunfos y sus derrotas, sus prosperidades y sus desgracias... todo representaba más ó menos claramente al Hijo de Dios vestido de nuestra carne mortal. ¡Por tanto tiempo, y de un modo tan magnífico, preparó el Padre Eterno la venida de su Eterno Hijo.

¹ Exod. XV.

² Exod. XVI, 35.

³ Deut. XXIX, 5.

⁴ Deut. VIII, 15.

Historia de Jesucristo desde su bajada de los cielos hasta su vuelta á los cielos.

Cuando todo estuvo preparado para recibirlo, cuando tuvieron su cumplimiento las profecías que señalaban el tiempo de su venida, cuando las semanas de Daniel iban á tocar á su término, cuando el cetro de Judá había pasado á un extraño, y ya no reinaba sobre la casa de Jacob un descendiente de David; en fin, cuando aquel pueblo escogido y destinado para ser el teatro de los portentos de Dios y preparar la venida de su santísimo Hijo, hubo cumplido su misión y su destino, entonces este Hijo del Padre eterno bajó del seno de su eterno Padre, encarnó en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, y, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre. ¡Portento nuevo! ¡Prodigio inaudito! ¡Exceso del amor de un Dios que para redimir al siervo entregó al Hijo!

Misterio de la Encarnación. Y ¿cómo se obró este Misterio? Esto no es dado al hombre comprenderlo, pero según alcanza á conocerlo y explicarlo, se obró del modo siguiente: En las purísimas entrañas de María Santísima, y de su purísima sangre, formó el Espíritu-Santo un cuerpo humano perfectísimo, en el mismo instante crió de la nada un alma racional y la unió con aquel cuerpo, y en el mismo instante el Hijo de Dios se unió con aquel cuerpo y alma; y de esta suerte, el que antes era solo Dios, sin dejar de ser Dios, quedó hecho hombre, con dos naturalezas, una divina en cuanto Dios, otra humana en cuanto hombre; dos entendimientos, uno divino en cuanto Dios, y otro humano en cuanto hombre; y dos voluntades, una divina en cuanto Dios, y otra humana en cuanto hombre, porque siendo verdadero Dios y verdadero hombre, se hallan en Él todas las cosas que son propias de Dios y todas las cosas que son propias de hombre. Pero no hay en Él dos memorias, sino una sola memoria en cuanto hombre, porque en cuanto Dios ni la necesita ni puede tenerla. La memoria sirve para acordarse de lo que ha pasado ó que no se tiene presente, y para Dios nada pasa y todo está presente. Tampoco hay dos personas, sino una sola persona, y esa es divina, porque el Hijo de Dios, uniéndose á la naturaleza humana, impidió por un portento de su Omnipotencia, que de la naturaleza humana resultase persona humana, como debía suceder naturalmente; y por eso en Jesucristo no hay sinó una sola persona divina, que es la segunda de la Santísima Trinidad. Así se obró el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios, siendo concebido en las purísimas entrañas de María Santísima, después de cuatro mil años de haber pecado nuestros primeros padres y de habérseles prometido este divino Reparador de su pecado. ¡Inefable Sacramento de la piedad del Señor! manifestado en la carne, adorado de los

ángeles, predicado á las naciones; creído en el mundo y recibido en la gloria, como dice San Pablo¹.

Pero este hijo del Altísimo, que había encarnado en Nazaret, debía nacer en Belén según estaba profetizado², y el edicto de un emperador proporcionó el cumplimiento de esta profecía. Mandó César Augusto que se empadronase todo el orbe; y los judíos, que estaban ya sujetos á su imperio, fueron á dar cada uno su nombre al pueblo de donde traía su origen. San José y la Santísima Virgen subieron de Nazaret á empadronarse en Belén, ciudad de David, porque ambos descendían de esta familia Real. Cuando emprendieron su viaje, se hallaba ya la Santísima Virgen cercana al parto. Después de haber andado treinta leguas de camino, llegaron por fin á Belén, y las prendas más amables del mundo tuvieron que recogerse en un establo, porque no había cabida para ellos en el mesón. ¡Qué desamparo! Pero tal era el palacio que elegía para nacer, el que había escogido una cruz para morir.

Hallándose en el establo, llegó el tiempo de dar á luz la Santísima Virgen á su hijo primogénito, y el año año cuatro mil de la creación del mundo ^{*3*} y cuarenta del imperio de César Augusto, estando toda la tierra en aquel silencio y paz universal anunciada tantos siglos antes⁴, Jesucristo, Dios eterno é Hijo de Dios eterno, á los nueve meses de haber encarnado en las purísimas entrañas de la Santísima Virgen, nació en cuanto hombre el veinticinco de Diciembre, cuando la noche se hallaba en medio de su carrera. En aquella ora de eterna memoria, la purísima Virgen dio á luz á su Santísimo Hijo, y como no padeció ninguna de aquellas debilidades á que están sujetas las demás madres, se halló desde luego su estado de hacer por sí misma con su querido Hijo todos los oficios de la más tierna y cariñosa madre. Lo tomó trasportada de gozo en sus brazos, imprimió en su divino rostro sus purísimos lábios, le envolvió en sus pobres pañales, lo fomentó en su regazo, lo aplicó á sus pechos virginalos para sustentar con su leche al que sustenta el universo con su palabra, y, no teniendo cuna en que reclinarlo, ¡qué pobreza!, lo reclinó en un pesebre. Allí con su amado esposo lo adoró como Hijo eterno de Dios, y le arrulló como Hijo de sus entrañas.

Su Madre ¿vivió después siempre virgen? -Sí. Padre, perpétuamente.

María Santísima fué virgen no solo antes del parto, sino también en el parto y después del parto perpétuamente. Lo fué antes del parto, porque había consagrado á Dios su virginidad con un voto perpétuo desconocido hasta entonces, y repetido después por una multitud innumerable de vírgenes que han imitado su ejemplo. Lo fue en el parto, por-

¹ Tim. III, 16.

² Mich. V, 2.

³ *Véase la nota 2ª pág. 79*.

⁴ Sap. XVIII, 14.

que habiendo comunicado Jesucristo á su cuerpo para nacer el dote glorioso de *sutileza*, nació de la Santísima Virgen sin detrimento de su virginidad, así como salió glorioso del sepulcro sin romper ni levantar la losa que lo cubría. Y lo fue después del parto perpétuamente, porque después de haber habitado el Hijo de Dios en este santuario, nadie podía intentar su entrada sin perecer como el sacrílego Coré¹, ni tocarla sin caer muerto á su lado como el temerario Oza². Así se cumplió en la Santísima Virgen la siguiente profecía³: Esta puerta no se abrirá y hombre no pasará por ella, porque el Señor Dios de Israel pasó por ella.

¿Por qué quiso morir muerte de cruz? -Por librarnos del pecado y de la muerte eterna.-Pues ¿cómo incurrimos en ella? -Pecando nuestro primer padre Adán en quien todos pecamos, á excepción de la inmarulada Vírgen María, que fué concebida en gracia santificante por singular privilegio.

Siempre creyó la Iglesia en la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios; pero hasta el año 1854 no había condenado como herejes á los que lo negasen. Pío IX, llamado por esto el Papa de la Inmaculada, fue quién definió este dogma de Fé, acogido con extraordinaria devoción y regocijo en todo el orbe católico. En España, que de mucho antes tiene por su patrona principal á la Madre de Dios en su purísima y santísima Concepción, se le profesa desde los primeros siglos una devoción especialísima: común es, y ojalá que siga siéndolo, aquel cristiano saludo: «Ave María Purísima. -Sin pecado concebida», ó como dicen en algunas provincias: «En gracia concebida»; y aquel otro.«Sea entre todas las cosas bendito y alabado el Santísimo Sacramento del altar y la purísima é Inmaculada Concepción de María Santísima Madre de Dios y Señora nuestra, concebida en gracia sin mancha del pecado original, desde el primer instante de su ser natural. Amén». Por eso el Sr.Mazo, aunque falleció antes de que el dogma se definiere, lo explicó y profesó, como se verá más adelante cuando enseña: «Quién es nuestra Señora la Vírgen María»

La explicación, *por lo demás, de la primera parte *de esta pregunta* en que nos estamos ocupando*, se halla en las páginas 67, 72 y 76, haciéndola á las preguntas *cómo es Dios Salvador, quién es Jesucristo, y de qué nos salvó*. Esto nos dispensa de hacerla aquí, y nos proporciona al mismo tiempo seguir el ligero compendio de la historia de Jesucristo, que se principió por su encarnación en la página 88.

Todas las historias del mundo vienen á ser nada cuando se comparan con la historia de Jesucristo. Esta es la gran historia que debe saber y repasar el cristiano. Los cuatro Evangelios no son otra cosa que cuatro grandes libros, consagrados por el Espíritu-

¹ Núm. XXVI, 10.

² 2. Reg. VI, 7.

³ Ezch. XLIV, 2.

Santo á darnos en ellos esta divina historia. La Iglesia los lee y canta sin cesar en el santo sacrificio de la misa, sus ministros los explican desde los púlpitos, y los santos Padres y autores católicos los exponen en multitud de escritos, á fin de instruir en ella al pueblo cristiano, y con el mismo vamos á continuarla.

El primer suceso que nos presentan los evangelistas después del nacimiento de Jesucristo, es la primera visita que le hicieron los hombres. Había, dice San Lucas¹, en los contornos de Belén unos pastores que velaban sobre su ganado, y he aquí que de repente se presentó junto á ellos un Ángel. Al mismo tiempo los rodeó la claridad del Señor, y tuvieron gran temor: pero el Ángel los animó diciendo: No temais, porque vengo á anunciaros una nueva que será de gran gozo para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad da David. Ved aquí la señal para conocerle. Hallareis un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre . Al acabar estas palabras se juntó con el Angel una multitud de ángeles que alababan á Dios y decían: Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad. Cuando los ángeles cesaron de celebrar con su celestial música el nacimiento del Hijo del Altísimo, los pastores, volviendo del enagenamiento en que habían estado todo este tiempo, se dijeron alborozados los unos á los otros: Vamos á Belén, y veamos esta maravilla que se nos acaba de anunciar. Corrieron, pues, á Belén, y hallaron á la Santísima Virgen, á San José y al divino Niño reclinado en un pesebre, y conociendo por esto que era el Salvador del mundo que el Angel les había anunciado, postrándose, lo adoraron y le ofrecieron sus pobres dones con toda la ternura y amor de sus corazones sencillos. Después de esta visita (que no habrá cristiano que no envidie) se volvieron á sus ganados loando y glorificando á Dios, y publicando lo que habían oído y visto, y todos se maravillaban al oír la relación que les hacían los pastores.

Después de esta visita pastoril, es decir, de la clase más humilde y sencilla de los hombres, nos refiere el mismo Evangelista la dolorosa circuncisión del divino Niño. Aunque el inocente por esencia no estaba sujeto á esta penosa ley ímpuesta á los pecadores, quiso, no obstante, cumplirla como Redentor de los pecadores, y principiar á derramar por ellos en la cuna aquella precíosisima Sangre, cuyas Últimas gotas había de verter por ellos en la cruz. A los ochos días de haber nacido fue circuncidado en cumplimiento de la ley², y se le puso por nombre *Jesús*, como lo había prevenido el Angel á la Santísima Virgen antes de concebirlo en sus purísimas entrañas, diciéndola³: Tendrás un Hijo, al que llamarás *Jesús*, esto es, *Salvador*, porque salvará su pueblo de sus pecados.

¹ II, 8...

² Gen. XVII, 12.

³ Lúe. I, 31.

Apenas habían pasado cinco días después de la circuncisión, cuando tres reyes del Oriente, guiados por aquella milagrosa estrella que había anunciado el profeta Balán¹ hacía ya más de catorce siglos, llegaron á Jerusalén² preguntando: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos á adorarlo. Oyendo esto el rey Heródes, se turbó y con él toda Jerusalén, y reuniendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas ó doctores de la ley, les preguntó dónde había de nacer Cristo. En Belén de Judá, le respondieron. Así está escrito por el Profeta³. Entonces Heródes, llamando á parte á los reyes del Oriente, se informó cuidadosamente del tiempo en que se les había aparecido la estrella, y despidiéndolos para Belén, les dijo: Id, buscad con toda diligencia al Niño, y luego que le halléis, avisádmelo para ir yo también á adorarlo. Los reyes después de haber oído á Heródes, se despidieron; y apenas salieron de Jerusalén, volvió á presentarse delante de ellos la estrella que les guiaba en su viaje, y que se les había ocultado al entrar en la ciudad. Al verla, se alegraron sobre manera y la siguieron atentos, hasta que se paró sobre el establo donde estaba el divino niño. Entraron en este palacio extraordinario en que había nacido el Rey del cielo, y lo hallaron envuelto en pobres pañales, reclinado en un pesebre, y sin otro acompañamiento ni otra corte que una jovencita y tierna madre, y un venerable varón que parecía ser su padre. A pesar de tanto desamparo y de tan extremada pobreza, ellos, alumbrados con la luz de lo alto, reconocieron en aquel Niño desamparado al Hijo del Eterno Padre, y, postrándose, le adoraron y ofrecieron dones preciosos y misteriosos, á saber: oro como á Rey, incienso como á Dios, y mirra como á hombre. Cumplida y consolada su esperanza con el divino hallazgo, satisfecha su piedad con el ofrecimiento de sus dones, y concluida con tanta felicidad la más dichosa visita que jamás hicieron los reyes, trataron de volver á su tierra por Jerusalén, pero avisados en sueños por un Angel de que no se viesan con Heródes, tomaron otro camino y se volvieron á su pátria.

La Sagrada Familia permaneció en Belén después de la visita de los Reyes, hasta los cuarenta días del parto de la Santísima Virgen, y pasados, subieron á Jerusalén⁴ á dar cumplimiento, como buena israelita, á las leyes de la purificación de la Madre y presentación del Hijo. Es bien cierto que no tenía que purificarse la que era la pureza misma, y que había dado á luz á su divino Hijo quedando virgen después del parto. Tampoco tenía necesidad de ser ofrecido este Hijo divino que, se había ofrecido á su Eterno Padre desde el momento de su encarnación; sin embargo, Hijo y Madre quisieron sujetarse á estas leyes para darnos un ejemplo del respeto y obediencia que se merecen, y

¹ Núm. XXIV, 17.

² Matth. III.

³ Mich. V, 2.

⁴ Lúc. II, 22.

para evitar el escándalo que la falta de su cumplimiento podría ocasionar al pueblo de Israel, que ignoraba la exención del Hijo y el privilegio de la Madre. La Santísima Virgen, acompañada de su esposo San José, y con su divino Niño en los brazos, se presentó á la entrada del templo y entregó al sacerdote su ofrenda, que era, según la ley, dos tórtolas ó dos palominos. Como pobre no ofreció cordero; pero presentó en su querido Hijo el Cordero sin mancha que venía á quitar los pecados del mundo. Entraron en el templo, y llegando al altar destinado para la consagración de los primogénitos, presentaron el divino Niño á su eterno Padre, y dieron cinco siclos (como unas cinco pesetas) por su rescate. Lo que pasaba ahora en el templo, era una ceremonia común y diaria á los ojos de los hombres, pero á los de Dios y los ángeles era un espectáculo divino. Entraba por primera vez en el templo el Dios del templo, hecho un Dios niño. Una Madre Virgen le llevaba en sus brazos virginales, y lo colocaba sobre el ara; y este primogénito de la Santísima Virgen y Unigénito del Eterno Padre, se ofrecía á su Padre Eterno como una víctima destinada al sacrificio por los pecados del mundo. Mas como todo esto era oculto á los ojos de los hombres, y los mismos sacerdotes no conocieron al Salvador que tenían á la vista, su Eterno Padre cuidó de darle á conocer por medio de dos almas sencillas.

Había á la sazón en Jerusalén un anciano venerable llamado Simeón, hombre justo y temeroso de Dios, que esperaba con ansia la llegada del consolador de Israel, y á quien el Espíritu-Santo había prometido que no moriría sin ver al Cristo del Señor. Este justo vino entonces al templo, se acercó á la Sagrada Familia con el más profundo respeto, y tomando al Niño Dios en sus brazos, levantó los ojos al cielo, y exclamó: Ahora, Señor, deja que vaya en paz tu siervo, porque ya vieron mis ojos tu Salvador... Cuando así bendecía á Dios el venerable anciano, estrechando con su pecho al divino Niño, llegó Ana Profetisa. Era esta venerable anciana de ochenta y cuatro años, y estaba viuda desde el séptimo de su matrimonio. Vivía dedicada enteramente á la virtud, y no se apartaba del templo, sirviendo á Dios día y noche en ayunos y oraciones, Esta piadosa israelita, transportada de gozo al ver con sus ojos al Salvador del mundo, principió á alternar con Simeón en las divinas alabanzas, y glorificaba al Señor con toda la efusión de su corazón. Simeón, después de haber tenido el consuelo incomparable de estrechar entre sus brazos al divino Niño, lo entregó á su tierna Madre, y se retiró á acabar en paz sus días. También se retiró la Profetisa, publicando la venida del Mesías á todos los que esperaban la redención de Israel. Y la Sagrada Familia, después de haber cumplido con todo lo que ordenaba la ley, se volvió no Belén, sino á Nazaret.

Lo que en esta ocasión había pasado en el templo hizo ruido, y la noticia llegó á Herodes. Este rey, celoso y cruel, había resuelto en su corazón la muerte del recién nacido Rey de Israel desde el momento en que se lo anunciaron los Magos. Con este fin los

había encargado que se informasen bien del tiempo de su nacimiento, y esperaron que á su vuelta le dijese el paraje en que le habían encontrado; pero como los Magos no volvieron, creyó que todo había sido una credulidad, y que al verse burlados no se habían atrevido á pasar por su córte. Mas ahora que se habla otra vez tanto del recién nacido Rey, conoce que no fueron ellos los burlados; sino él. Con esto se irrita sobre manera, y en su furor da una órden aún más cruel que la de Faraón en Egipto. Manda que sean degollados, sin excepción, todos los niños que se hallen en Belén y toda su comarca de dos años de edad, y de ahí abajo, contando con que en esta matanza general perecería necesariamente el Rey recién nacido, pero no hay consejos contra Dios.

Apenas había llegado á Nazaret la Sagrada Familia, cuando un Angel se apareció en sueños á San José, y le dijo: Levántate, toma al Niño y su Madre, huye á Egipto¹, y estáte allí hasta que yo te avise; porque sucederá que Heródes busque al Niño para matarle. Inmediatamente se levantó José, y tomando al Hijo y á la Madre, huyó á Egipto, y permaneció allí hasta la muerte de Heródes.

La órden de est rey cruel se puso en ejecución, y todo rebosaba sangre en Belén y sus contornos. La matanza era horrorosa. Cerca de catorce mil niños fueron degollados. Los clamores de los padres, los alaridos de las madres, los gritos de los hermanos y los llantos de los parientes resonaban á un mismo tiempo por todas partes, mientras que los tiernos niños eran segados como botones de rosa, y encharcaban con su sangre inocente las casas, las calles y las plazas de Belén y sus comarcas. Así se cumplía á la letra lo que había profetizado Jeremías seis siglos antes²: En lo alto se oyó una voz de lamentación y de llanto de Raquel que llora sus hijos, y que no quiere ser consolada sobre ellos, porque no existen.

No sobrevivió mucho el tirano á esta carnicería. Aún humeaba la sangre de esta multitud de tiernas e inocentes víctimas, cuando le asaltó la enfermedad de la muerte. Su cuerpo comenzó á podrirse y á brotar por todas partes (hasta por la cara, dice Josefo), un hormiguero de gusanos, que cebados en su carne medio podrida, le comían vivo. Sus dolores eran tan crueles que no pudiendo sufrirlos, quiso matarse muchas veces, y la hediondez que exhalaba era tan insoportable, que nadie podía acercarse á él. Devorado en vida por asquerosos insectos, murió en fin desesperado, después de haber sufrido cerca de dos meses tan horribles tormentos.

Muerto Heródes, el Angel del Señor, que había prevenido á San José que se estuviese en Egipto hasta que le avisase, volvió á presentarse y le dijo que tomase al Niño y á la Madre, y se volviese á la tierra de Israel, porque habían muerto los que buscaban al

¹ Matth. II, 13.

² Jerem. XXXI, 15.

Niño para quitarle la vida. Nada dice el Santo Evangelista de lo que sucedió á la Sagrada Familia en su ida y permanencia en Egipto; pero cuida de notar, que en su vuelta se cumplieron á la letra estas palabras que Dios había puesto muchos siglos antes en boca de uno de sus Profetas: *De Egipto llamé á mi Hijo*¹. San José emprendió luego su viaje, mas sabido que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Heródes, temió ir allá, y avisado en sueños por el Angel, se dirigió á la Galilea, y fue á establecerse en Nazaret. En esta ciudad habían vivido San José y la Santísima Virgen, en ella encarnó el Hijo de Dios, y en ella vivió después esta Sagrada Familia hasta los treinta años de Jesucristo, para que también se cumpliese lo que habían dicho los Profetas, que se llamaría Nazareo,² esto es, morador de Nazaret.

Todos los años iban sus Padres á celebrar la Pascua en Jerusalén, y cuando el divino Niño llegó á los doce, fue también con ellos. Concluidos los siete días que duraba la solemnidad, y volviéndose sus Padres á Nazaret, el divino Infante se quedó en Jerusalén sin que aquellos lo advirtiesen. Creyendo que iba en la comitiva, anduvieron camino de un día, hasta que por la tarde se encontraron con la falta de su querido Hijo. Esto parecerá un descuido muy notable en los padres de Jesús, pero así lo quería este Dios Niño, y á El tocaba ordenar y dirigir los sucesos. Fuera de que esta pérdida del Niño no fué un descuido. En la ida y vuelta de esta solemnidad caminaban separados los hombres de las mujeres (¡pluguiese al cielo que se conservase esta bella costumbre entro los cristianos!) y no se reunían los matrimonios y familias hasta la tarde al entrar en la posada. Como el tierno Infante por su edad podía ir en la tropa de los hombres ó de las mujeres, la Santísima Virgen pensó sin duda que. el Niño iba con su padre, y éste que iba con su madre, y así no advirtieron la falta hasta que se reunieron. Entonces, afligidos en extremo, principiaron á buscarle entre los parientes y conocidos, y no hallándole, se volvieron presurosos y asustados á Jerusalén, donde le hallaron después de tres días sentado en el templo en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles, y teniendo á todos asombrados con su prudencia y respuestas. Solo sus queridos padres podrían hacer la pintura, tanto de la inmensa pena que anegaba sus corazones mientras duró la pérdida de su amado Hijo, cuanto del inmenso gozo de que fueron inundados cuando volvieron á hallarle. Reunida tan felizmente la Sagrada Familia, se volvieron á Nazaret, donde el divino Infante vivió sometido á sus padres, como el hijo más humilde y obediente, hasta la edad de treinta años en que principió la carrera de su predicación, sin que de todo este tiempo nos hablen ni una sola palabra los sagrados Evangelistas.

¹ Osese, XI, 1.

² Matth. II, 23.

Admira ciertamente que habiendo venido el Hijo de Dios á iluminar el mundo con su celestial doctrina, á desagraviar á su Eterno Padre con sus profundas humillaciones y á reconciliarlo con los pecadores, padeciendo y muriendo por ellos; admira, repito, que pasase treinta años sin poner mano en la obra á que había sido enviado. Mas es preciso confesar que así convenía, puesto que así se portaba el Hijo del Altísimo; y también es necesario conocer que esta vida retirada que hacía en Nazaret, no era menos agradable á su eterno Padre que la vida pública que habia de asombrar después á Jerusalén. Por otra parte, conviene tener presente que era costúmbre en Israel que ninguno predicase hasta la edad de treinta años, y Jesucristo quiso conformarse también con esta costumbre; pero luego que llegó á esta edad, que era el tiempo señalado, en los decretos eternos para predicar á los hombres el reino de Dios, salió de su precioso retiro, y principió su vida pública.

Medio año hacía que San Juan Bautista predicaba por las riberas del Jordán su próxima llegada; y que preparaba á los hombres con el bautismo de la penitencia para recibirlo, cuando de improviso se le presenta para ser también bautizado. San Juan se sobrecogió, y se resistía diciendo: Yo, Señor, debo ser bautizado por Vos, ¿y quereis que yo os bautice? Pero el Señor le dijo: Asi conviene; y, San Juan, precisado á obedecer, le bautizó. Apenas fue bautizado, cuando se abrieron los cielos, y bajó el Espíritu-Santo sobre El en figura de paloma, y al mismo tiempo se oyó la voz del Padre que decía: Este es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia. De este modo manifestaron el Padre y el Espíritu-Santo la divinidad de Jesucristo en el principio de su vida pública, después de su bautismo se retiró al desierto, y allí oró y ayunó cuarenta días y cuarenta noches sin tomar alimento alguno en todo este tiempo, y permitió al diablo que le tentase, el cual, después de haber apurado inútilmente todos sus artificios huyó de su presencia confundido. Entónces se acercaron los ángeles y le sirvieron la comida.

Preparado así Jesucristo, dio principio á su ministerio público, y ya desde aqui es necesario contemplarlo como un gigante¹ que se empeña en su carrera resuelto á no descansar hasta no verla concluida. Recorre la Galilea y la Judea, y derrama por todas partes la luz de su celestial doctrina. Anuncia el reino de Dios y su justicia, enseña verdades que jamás había oído el mundo, predica la pureza del cuerpo, y el corazón, el amor á todos los hombres, sin exceptuar los enemigos, el desprendimiento de las riquezas, la huida de los placeres, la abnegación de sí mismo, la pobreza de espíritu; el deseo de las mortificaciones, el amor á las cruces... en suma, predica aquella admirable doctrina que ha formado la multitud de justos que veneramos en los altares, y que asombraron al mundo, á los ángeles y á los hombres con sus virtudes. Camina de Ciudad en ciudad, de

¹ Ps. XVIII, 6, 7.

pueblo en pueblo y de aldea en aldea, no solamente enseñando y predicando el Evangelio eterno, sino también haciendo bien por donde quiera que pasa, y obrando prodigios en todas partes. Sana á los enfermos, dá vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los tullidos y vida á los muertos. Dispone á su arbitrio de la naturaleza. Manda á los vientos y la obedecen; quiere andar sobre las aguas y le sostienen; la tierra se extremece bajo sus piés; y el cielo se abre sobre su cabeza, y toda la naturaleza se apresura á obedecerle. Así confirma con multitud de portentos las verdades que enseña; y cuando ha establecido su Evangelio eterno en la tierra, trata de dar fin á su carrera y volverse al cielo.

Había elegido doce de sus discípulos, á los que llamó *Apóstoles*, que quiere decir *enviados*, porque lo habían de ser para predicar su Evangelio en todo el mundo. A estos principalmente declara que vá á ausentarse, y volver á su Eterno Padre; pero les hace saber al mismo tiempo que para dar cumplimiento á las profecías que estaban escritas de El, era necesario que padeciese y muriese antes de entrar en su gloria. Instituye el adorable Sacramento de su Cuerpo y Sangre, se lo administra, y después de reencargarles que se amen los unos á los otros, como El les había amado, se encamina á dar principio á su pasión en el huerto de las Olivas. Allí se preparara á padecer y morir con una oración tan fervorosa, que le obliga á sudar sangre; da lugar enseguida á los enemigos de su celestial doctrina para que pongan sus manos sacrílegas en su divina Persona; se deja atar sin resistencia, y camina al sacrificio como un cordero sin desplegar sus divinos lábios; recibe una pesada cruz sobre sus hombros, sube cargado con ella al Calvario, permite ser clavado y enarbolado en ella, y luego que se cumplen las profecías acerca de su pasión, exclama: Todo está acabado: inclina su soberana cabeza, y muere. Así concluyó este divino Redentor en una cruz la carrera que había principiado en un pesebre por librarnos del pecado y de la muerte eterna.

¿Qué entendéis por el infierno á que bajó Cristo, nuestro Señor después de muerto?
-No al lugar de los condenados sino al Limbo donde estaban los justos.

Dios, llevado de su bondad, crió los cielos para que fuesen la patria de los buenos, y obligado también de su justicia, formó los infiernos para que fuesen la cárcel de los malos. La diversidad de pecados hace la diversidad de malos, y la diversidad de malos exigió diversidad de infiernos. Reconocemos cuatro, que son: *Infierno*, *Purgatorio*, *Limbo* y *Seno de Abraham*. En el infierno fueron sepultados los ángeles rebeldes, que llamamos demonios, y lo son todos los hombres que mueren en pecado mortal, para no salir de allí jamás; al purgatorio ván los que mueren en gracia de Dios y tienen pecado venial ó pena temporal que pagar; al limbo los que mueren antes del uso de la razón sin el bautismo; y al seno de Abraham, iban los que morían en gracia de Dios antes de la redención de Jesucristo, pero que satisfacían primero en el purgatorio si tenían pecado

venial ó pena temporal que pagar. De lo dicho resulta, que en el infierno se castiga eternamente el pecado mortal; en el purgatorio el venial y la pena temporal que queda después de perdonada la culpa; en el limbo el original; y que en el seno de Abraham se sufría uno de los castigos del pecado original; que era la privación de ver á Dios hasta que el Salvador del mundo franquease la entrada en el cielo. A este seno bajó Jesucristo luego que espiró en la cruz.

¿Cómo bajó? -Con el alma unida á la divinidad. -Y su cuerpo ¿cómo quedó? -Unido con la misma divinidad.

Morir el hombre no es otra cosa que separarse su alma de su cuerpo, y como Jesucristo murió en cuanto hombre, su alma santísima se separó de su santísimo cuerpo cuando espiró sobre la cruz; pero su alma y su cuerpo estaban unidos á la divinidad, esto es, á la Persona divina; y aunque se separaron entre sí, permanecieron unidos á la divinidad, al modo que la espada del soldado, sacada de la vaina, aunque espada y vaina quedan separadas una de otra, permanecen unidas á la persona del soldado, que tiene en una mano la espada y en otra la vaina. El Hijo de Dios se había unido en su encarnación á la naturaleza humana para no separarse jamás de ella. Así es que quedó unido con el cuerpo en el Calvario, y bajó unido con el alma al seno de Abraham, ocupando con su inmensidad á un mismo tiempo dos lugares tan diferentes y distantes.

¿Cómo resucitó al tercer día entre los muertos? -Tornando á juntar su cuerpo y alma gloriosa para nunca más morir.

Muerto Jesucristo como á las tres de la tarde, su santísimo cuerpo quedó pendiente de la cruz, y permaneció clavado en ella hasta cerca de ponerse el sol, que en los piadosos varones José y Nicodemo, lo desclavaron y bajaron para darle honrosa sepultura. Había junto al Calvario un huerto propio de José, y en él un sepulcro nuevo abierto á pico, el cual destinaba aquel para su enterramiento y el de su familia; pero el Eterno Padre lo había elegido para sepultura de su santísimo Hijo. Embalsamaron al sagrado cadáver, le envolvieron en una sábana nueva y lo ciñeron con fajas de lienzo. Así amortajado, lo llevaron y pusieron en aquel sepulcro nuevo, en el cual nadie había sido enterrado. Cubrieron su divino rostro con un lienzo, que llamaban sudario, cerraron la entrada del sepulcro con una gran piedra cortada y ajustada, y habiendo concluido un ministerio que les envidiaban los ángeles, se retiraron.

En el momento que espiró Jesucristo, bajó su alma santísima al seno de Abraham, donde permaneció hasta el tercero día, que subió á unirse con su santísimo cuerpo. ¡Qué bajada tan dichosa para aquellas almas santas! ¡Qué visita tan amable y deseada! Adán y Eva vieron al que habían esperado por más de tres mil años. El inocente Abel, el justo Noé, el fiel Abrahám, el obediente Isaac, el caritativo Jacob, el castísimo José, el celoso Moisés, el pacientísimo Jacob, el perseguido David, todos los Patriarcas, todos los Pro-

fetas del Señor, todos los justos vieron en este venturoso día al divino Libertador que habían esperado y pedido por tantos siglos. San José vió triunfante de la muerte y del infierno al que había dejado en el mundo tan perseguido. Y el Bautista vió al que había señalado con el dedo en las riberas del Jordán y bautizado en sus aguas: En el momento que el Hijo de Dios entró en aquella mansión de la esperanza, todos los justos fueron inundados de su luz inmensa, y principiaron á ser bienaventurados en aquel nuevo paraíso, para continuar siéndolo después eternamente en el paraíso de la gloria.

Jesucristo había bajado á este seno el viernes por la tarde, y el domingo al apuntar el alba salió de él para volver á tomar la vida humana que había dejado cuando espiró sobre la cruz, sacando consigo esta multitud de cautivos que había redimido en la sangre de su testamento, como lo había profetizado Zacarías¹. Estaba el sagrado cadáver tendido en el sepulcro con aquella lastimosa figura que presentó muerto en la cruz: agujereados y rasgados sus piés y manos, abierto su sacratísimo costado, penetrada de espinas su divina cabeza, y todo cubierto de cardenales, de heridas y de sangre cuajada y denegrida. En tan lastimoso estado entra de repetente en él su alma gloriosa, se uno con él; le da nueva vida, le glorifica, y sale triunfante del sepulcro sin romper ni levantar la losa con que estaba cubierto.

El alma de Jesucristo era bienaventurada desde el dichoso momento en que la unió á Sí el Hijo de Dios en su encarnación; pero no comunicaba al cuerpo su bienaventuranza, para dar lugar á los padecimientos y á la muerte que venía á sufrir por la redención del hombre; mas ahora que se une á Él para resucitar triunfante de la muerte para siempre, le comunica toda la felicidad de que es capaz un cuerpo glorioso. El alma bienaventurada cuando se une á su cuerpo, le comunica cuatro dotes admirables², que son: *agilidad, impasibilidad, sutileza y claridad*. La agilidad consiste en que el cuerpo glorioso puede moverse con suma ligereza; la impasibilidad en que no puede padecer; la sutileza en que puede penetrar y pasar por cualquier otro cuerpo sin romperlo ni dividirle; y la claridad en que brilla como un sol, según la expresión del Evangelio³. Jesucristo en su vida mortal había comunicado momentáneamente á su cuerpo tres de estas cuatro dotes. La agilidad, cuando anduvo sobre las aguas, la sutileza, cuando nació de la Santísima Virgen Sin detrimento de su virginidad; y la claridad, cuando se transfiguró en el Tabor, resplandeciendo su cara como el Sol, y brillando sus vestidos como la nieve. Solamente no le había comunicado la impasibilidad, porque había venido á padecer, y quiso padecer siempre hasta morir; pero en este día se los comunica todos y para siempre.

¹ IX, 11.

² Cor. XV, 42, et seq.

³ Matth. XIII, 43.

Resucitado Jesucristo y acompañado de las almas de los justos que había sacado del limbo, se apareció á su querida Madre en aquella misma figura y semblante venerable que tenía antes de su pasión y muerte, bien que conservando impresas las cicatrices de los piés, manos y costado. Para presentarse en semejante estado, suspendió el dote de claridad, y no sabemos que le dejase brillar en los cuarenta días que aún permaneció en el mundo hasta su Ascensión al cielo. Después se apareció á la Magdalena, á las Marías, á Pedro, á los Apóstoles y discípulos, ya reunidos y ya separados; y continuó apareciéndoseles por espacio de cuarenta días, y hablándoles del reino de Dios, dice San Lucas¹, *esto es, como enseñan los Santos, de su Santa Iglesia que dejaba fundada, del modo de extenderla y gobernarla, de los Sacramentos y Sacrificio de la Misa, confiriéndoles sus poderes y aclarándoles ó inculcándoles su celestial doctrina.* El día cuarenta de su gloriosa Resurrección, y último de su morada sobre la tierra, reuniendo á sus Apóstoles y discípulos en número de ciento y veinte, y llevando á su lado á su querida Madre, los condujo á la cumbre del monte Olivete, no para transfigurarse sobre él como en otro tiempo sobre el Tabor, sino para subirse desde allí á los cielos.

¿Cómo subió á los cielos? -Con su propia virtud.

Jesucristo no fue arrebatado al cielo en un carro de fuego como Elías², ni transportado por ministerio de ángeles como Henoch³, sino que subió por Sí mismo y con su propio poder. Habiendo llegado á la cima del monte, y estando rodeado de aquella venturosa compañía, levantó sus divinas manos al cielo, les echó su bendición; y principió á elevarse para volver al seno de su Eterno Padre, de donde había venido. Subía sosegada y majestuosamente, como para darles tiempo de disfrutar tan glorioso triunfo. Insensiblemente se fué alejando, y mientras que ellos le seguían con la vista y le bendecían y adoraban, una luminosa nube, poniéndose bajo de sus divinos piés, se lo ocultó enteramente. Entonces el triunfador del mundo, penetrando en un momento regiones inmensas, subió sobre todos los cielos, y se sentó á la diestra de su Eterno Padre.

Su Santísima Virgen, los Apóstoles y los discípulos, todos continuaban mirando al cielo sin acertar á apartar sus ojos del camino por donde se les había ausentado el objeto de su amor; y era tal su enagenamiento, que, para sacarles de él, fué necesario que bajasen dos ángeles, y, poniéndose á su lado, les dijeren: Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este Jesús que habéis visto subir al cielo, así vendrá (al fin del mundo) como le habéis visto subir al cielo. Con esto aquellas almas extáticas salieron de su enagenamiento, y se volvieron con gran gozo, dice San Lucas⁴, á Jerusalén, donde per-

¹ Act. 1, 3.

² 4 Reg. II, 11.

³ Gen. V, 24. et Eceli. 44, 16.

⁴ XXIV, 52.

manecieron loando y bendiciendo á Dios, y esperando la venida del Espíritu-Santo que les había prometido Jesucristo poco antes de subir al cielo á sentarse á la diestra de Dios Padre.

¿Qué es estar sentado á la estra de Dios Padre? -Tener igual gloria con Él en cuanto Dios, y mayor que otro ninguno en cuanto hombre.

Ya se dijo¹ que Dios no tiene figura corporal como nosotros, porque es un espíritu purísimo. Por consiguiente, no tiene diestra ni siniestra, porque esto es propio de los cuerpos; pero se dice que Jesucristo está sentado á la diestra de Dios Padre, porque en cuanto es Dios, tiene igual gloria que el Padre y el Espíritu-Santo, y en cuanto es hombre, la tiene incomparablemente mayor que las almas bienaventuradas, que los ángeles y que su santísima Madre. Se dice también que está sentado, (no porque lo esté), como un príncipe á la derecha del Rey. El cuerpo glorioso está dotado del don de agilidad, y no necesita sentarse para su descanso. San Estéban² vió los cielos abiertos, y á Jesús en pie á la diestra de Dios, y San Juan³ vió á este Cordero divino qué estaba en pie sobre el monte Sión, y con El ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes que le seguían á donde quiera que iba. Se dice que está sentado, porque desde allí, como desde el trono de su imperio, reina sobre todos los ángeles, sobre todos los hombres, y sobre todo lo criado, de donde vendrá con gran poder y majestad á juzgar á los vivos y á los muertos.

¿Cuándo vendrá á Juzgar á los vivos y á los Muertos? -Al fin del mundo.

Es una verdad de fé que Jesucristo ha de volver al fin del mundo á juzgar.á los vivos y á los muertos, esto es, á los que vivirán al acabarse el mundo, y á los que hayan muerto desde el principio del mundo, ó según otros, á los que vivirán por la gracia, y á los que estarán muertos per el pecado. Cuando se acabará el mundo nadie lo sabe, ni los hombres ni los ángeles, sino solo Dios. Lo que se sabe es, que se ha de acabar, y que entonces ha de haber un juicio universal, en el que todos los hombres reunidos seremos juzgados.

Pero ¿á qué fin, se dirá, este juicio universal, si el hombre está ya juzgado y sentenciado desde el momento en que espiró, y la sentencia que se dió entonces jamás se ha de revocar? A esta réplica bastaría responder, que Dios lo ha dispuesto así, y que á los hombres no nos toca disputar, sino adorar sus disposiciones soberanas; pero hay además muchos y poderosos motivos para este juicio universal. *Primero.* Justificar la divina Providencia, y vengarla de los insultos que sufre de tantos nécios que blasfeman lo que ignoran, como dice el Apóstol San Júdas⁴. En él verán todos los hombres que nada ha

¹ Pág. 60.

² Act. VII, 55.

³ Apoc. XIV, 1, 3, 4.

⁴ Ep. V. 10.

sucedido en el mundo, que no haya sido ordenado y dirigido de un modo infinitamente sabio. Verán por qué muchas veces prosperaba el pecador, mientras que el justo padecía. Verán que Dios es tan poderoso y bueno, que hasta de los mismos males sacaba bienes. *Segundo.* Vinidicar la inocencia del justo, y confundir la malicia del pecador. Este mundo es un país de tinieblas donde todo está confundido. Las cosas suceden igualmente al bueno y al malo, y con demasiada frecuencia los malos nadan en la abundancia, mientras que los buenos están sumergidos en la pobreza. En aquel día de luz universal, se verá lo que era cada uno de los hombres, se hará justicia, y se dará al bueno el honor que le era debido, y al malo la confusión que merecía. *Tercero.* Premiar ó castigar á todo el hombre. Aunque en la muerte el alma pasa á recibir su premio ó su castigo, el cuerpo se queda pudriéndose en un sepulcro sin ser premiado ni castigado; y es muy justo que el cuerpo, que ha sido compañero del alma en la virtud ó el vicio, lo sea también en el premio ó el castigo. Esto se verificará en el día del juicio universal. *Cuarta.* Completar el premio del justo, y el castigo del pecador. Hay obras tan buenas, que estarán edificando y aumentando el premio del que las hizo hasta el fin del mundo; y las hay tan malas, que también estarán escandalizando y aumentando el castigo del que las ejecutó, hasta el fin del mundo. La doctrina y ejemplos de los buenos continuará después de su muerte cooperando á la formación de otros buenos, y la doctrina y ejemplos de los malos, también continuarán después de su muerte cooperando á la formación de otros malos. La doctrina y ejemplo de los Apóstoles, santos Padres y demás virtuosos continuarán produciendo frutos de santidad, y también la doctrina y ejemplo de los herejes, apóstatas y demás escandalosos continuarán produciendo frutos de iniquidad. Pues en aquel último día se completará toda justicia. Se premiarán hasta los últimos frutos de las buenas obras de los justos, y se castigarán hasta los últimos escándalos de las malas obras de los pecadores. Por estos motivos y otros muchos que alcanzan á conocer los hombres, y otros infinitos que solo conoce Dios, habrá al fin del mundo un juicio universal, en el que Jesucristo juzgará á los vivos y á los muertos, esto es, á todos los hombres.

Y entónces ¿han de resucitar todos los muertos? -Sí, Padre, con los mismos cuerpos y almas que tuvieron.

Dos venidas del Hijo de Dios se anunciaban en el antiguo Testamento. Una á redimir el mundo, y otra á juzgarle. Ya se cumplió la primera, y vino como un cordero á ser sacrificado en la Cruz por la redención de los hombres. Al fin del mundo se verificará la segunda, y vendrá como un juez á tomar cuenta á los hombres del fruto de su redención. A la primera precedieron las señales de su misericordia, y á la segunda precederán las de su justicia. La paz del universo anunció la primera, y la destrucción del universo anunciará la segunda.

En efecto, á la venida del Hijo de Dios á juzgar á todos los hombres, precederá la destrucción del universo; pero... ¡qué terrible es la pintura que nos hacen de ella los libros santos! Habrá entonces, nos dicen¹, gran tribulación, cual no hubo desde el principio del mundo. Se levantarán gentes contra gentes y reinos contra reinos. Sucederán espantosos terremotos por todas partes. Las hambres, las pestes y las guerras desolarán el universo. Bramarán los mares de un modo horroroso, y sus embravecidas olas quebrarán tragarse el mundo. Aparecerán señales espantosas en el cielo. Se oscurecerá el sol, la luna no dará su luz, ni brillarán las estrellas. Se conmoverá todo el orbe, y se bamboleará como edificio desquiciado. Tras de todo esto vendrá un diluvio de fuego que le envolverá en sus llamas. Los pueblos y los reinos; los hombres y los animales, todo lo que tiene vida y todo lo que no la tiene, en suma, todo lo que puede arder, será abrasado y consumido por este horroroso fuego. Tal será el fin de este mundo que tanto nos encanta.. Todo será reducido á pavesas, y todo quedará en un profundo silencio; pero aún no bajará enterces el Juez Soberano. Antes resucitarán todos los muertos.

El Omnipotente, que con solo su querer sacó el mundo de la nada hará oír su poderosa voz á todos los hombres, desde Adán hasta su último descendiente y en un momento todos resucitaremos. Nuestros cuerpos volverán á ser formados del mismo polvo á que fueron reducidos y nuestras almas, bajando unas del cielo, viniendo otras del purgatorio y del limbo, y subiendo otras del infierno, volverán á unirse con sus mismos cuerpos y á formar los mismos hombres.

Resucitados así todos los muertos, el Soberano Juez bajará de lo más alto del cielo con gran poder y majestad. Vendrá rodeado de todos los ángeles y fijando su augusto trono sobre todos los hombres del mundo, reunidos bajo de sus piés, principiará el juicio. Se abrirán los libros², esto es, las conciencias de todos, y en un momento quedarán patentes á la vista de todos. ¡Qué confusión tan horrible para aquellos que no hubiesen conservado la inocencia, ó borrado sus culpas con una verdadera penitencia! Conocidas de todos las conciencias que todos, mandará el Juez Soberano á sus ángeles que separen los malos de los buenos, y que reunan todos los malos á su izquierda y todos los buenos á su derecha. ¡Separación lastimosa! Hecha esta separación, el Soberano Juez se volverá á los que estén á su derecha, y con aquel semblante que llena de gloria los cielos y de gozo á los ángeles, venid, les dirá³: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo; y volviéndose después á los que estén á su izquierda, hechando sobre ellos una mirada de terror: Apartaos, dirá, apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno que está preparado para el diablo y sus ángeles. Pronunciada la

¹ Matth: XXIV: Martc. XIII. Luc. XXI.

² Apoc. XX, 12.

³ Matth. XXXV, XXXVI, XLI.

sentencia, á un tiempo se abrirán cielo é infierno para recibir cada uno los que los pertenezcan. Los justos mezclados con los ángeles y enagenados de gozo, subirán con Jesucristo á reinar eternamente en el cielo; y los réprobos; cubiertos de palidez y atropellados por los demonios, caerán con ellos en el infierno para ser atormentados en él eternamente. Desde este momento todo quedará fijo para siempre. Los justos siempre estarán ya en el cielo, y los réprobos en el infierno.

También el universo quedará fijo para siempre. Purificado por el fuego, y cesando sus movimientos, presentará un espectáculo admirable por toda la eternidad. Esa inmensa bóveda del cielo, que ahora se ostenta tan hermosa á nuestra vista, desembarazada entonces de nubes y de sombras, presentará una nueva e indecible hermosura; y esa multitud de astros que giran ahora sobre nuestras cabezas, fijos entonces cada uno en su lugar, se manifestarán incomparablemente más luminosos y brillantes. La luz de la luna será como el sol, dice el profeta Isaías¹, y la del sol siete veces más que ahora. Lo mismo sucederá á las estrellas y demás astros. Todos presentarán una claridad y hermosura inconcebibles, y todos arrojarán sobre la tierra tanta luz, que la tierra brillará como los astros. ¡Qué espectáculo tan hermoso no presentará entonces el orbe!

Los bienaventurados gozarán también de este espectáculo. Así como los ojos de su espíritu tendrán un gozo particular en ver la hermosura de todos los espíritus, así también los ojos de su cuerpo le tendrán en ver la hermosura de todos los cuerpos, porque los bienaventurados no solamente verán á Dios cara á cara, y gozarán continua y eternamente de aquella hermosura infinita: no solamente verán la hermosura de la sacratísima humanidad de Jesucristo, de la Santísima Virgen, de todos los ángeles, y de todas las almas y cuerpos gloriosos, y gozarán plenamente de ella; sino que verán también y se recrearán con la hermosura del sol, de la luna, de las estrellas, de los planetas y de todos los astros, con la hermosura de esos cielos inmensos que nos cubren, y de ese prodigioso globo que nos sostiene. ¡Oh cristianos, qué grande, qué hermosa, que rica es nuestra herencia! ¡Dios eterno, nuestra alma desfallece al contemplar los tesoros de gloria que teneis preparados para los que os sirven y aman!

¿Qué creis cuando decís: creo la comunión de los santos? -Que los fieles tienen parte en los bienes espirituales de los otros como miembros de un mismo cuerpo, que es la Iglesia

Para inteligencia de esta respuesta es necesario saber que todas las obras buenas hechas en estado de gracia son *meritorias, propiciatorias, impetratorias y satisfactorias*. Son *meritorias*, porque la persona que las hace, merece por ellas un aumento de gloria, mayor ó menor en proporción á la mayor ó menor bondad de la obra; pero este aumento

¹ XXX, 26.

de gloria es propio del que hace la buena obra, y no tienen parte en él los demás fieles. Por consiguiente las obras buenas en cuanto meritorias, no pertenecen á la comunión de los santos. Son *propiciatorias*, porque aplacan la ira del Señor y contienen su divina justicia. La oración del justo penetra en el cielo, y sus obras suben como el humo del incienso hasta el trono del Señor á aplacar su ira. ¡Ah! ¿Qué sería de los pecadores sin la protección de los justos? ¿Cuántas veces habría acabado el Señor con el ingrato Israel, si el justo Moisés no se hubiera postrado en su presencia, intercediendo por él? Pero ¡qué digo! el mundo entero no subsiste sino por atención á los justos, y acabados éstos se acabaría el mundo. Es admirable el pasaje que sobre este punto nos refieren los libros santos.¹

Estando un día el Patriarca Abraham sentado á la puerta de su pabellón ó tienda, á la hora de las doce, alzó los ojos y vió cerca de sí tres varones que le parecieron peregrinos, y como era tan caritativo, corrió á ellos y les suplicó que no pasasen adelante sin tomar algún refrigerio en su tienda. Ellos aceptaron y el Santo Patriarca los presentó una mesa abundante, que sirvió por sí mismo, aunque tenía multitud de criados. Acabada la comida, se levantaron y tomaron el camino de la ciudad de Sodoma, y Abraham. salió acompañándoles para despedirlos. Eran los peregrinos tres ángeles que iban á reducir á cenizas las cinco ciudades del valle de Pentápolis, Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segor, porque el clamor de sus abominaciones había subido hasta el cielo, pidiendo justicia, y el Señor había determinado hacerla ejemplar y ruidosa. Los dos se adelantaron, y el tercero, que representaba al Señor, siguió con Abraham, y le manifestó el castigo que iba á ejecutar con aquellas ciudades corrompidas. Abraham, se estremeció al oírlo, y entre el temor y el respeto se determinó á decirlo; ¿Pues qué, Señor, perderéis al justo con el impio? Esto no es propio de Vos, que juzgais en justicia toda la tierra. Si hubiera cincuenta justos en Sodoma, ¿no la perdonaréis por amor á estos cincuenta? Y el Señor le respondió: Si hallare cincuenta justos en Sodoma, por ellos perdonaré á toda la ciudad. Ya que he principiado, dijo Abraham, hablaré otra vez á mi Señor, aunque soy polvo y ceniza. Y si halláreis cinco menos de cincuenta ¿la destruiréis? Y dijo el Señor: No la destruiré si hallare cuarenta y cinco. Pero, si halláreis cuarenta ¿qué hareis? -No la destruiré por miramiento á los cuarenta. -Os ruego, Señor, que no lleveis á mal que aún hable. ¿Qué haréis si en ella halláreis treinta? -No la destruiré si hallare treinta.-¿Y si halláreis veinte? -No la destruiré por los veinte. -Os pido, Señor, que no os enojéis si hablo todavía otra vez: ¿Qué haréis si hallaseis en ella diez justos? -No la destruiré por amor á los diez justos. -Cesó de hablar Abraham, y desapareció el Señor, Abraham no se determinó á pasar más adelante con sus súplicas, ya por el sumo respeto que le cau-

¹ Gen. XVIII.

saba el Señor, y ya porque creía que en una ciudad tan populosa como Sodoma no dejaría de haber siquiera diez justos; pero desgraciadamente no se hallaron sino cuatro, que fueron su sobrino Loth, la mujer de este y sus dos hijas; y el Señor llevó á efecto su castigo¹.

En este memorable pasaje vemos que diez justos habrían bastado para salvar á una ciudad tan populosa y criminal como Sodoma, y si Abraham hubiera bajado á cinco, acaso habríamos visto que bastaban cinco justos para salvarla. ¡Oh cristianos! ¡Cuánto puede en la estimación de Dios la presencia de los justos! ¡Cuánto interesa á los hombres, á los pueblos y á los reinos abrigar justos en su seno! ¡Cuánto deberíamos desear todos los hombres que se aumentase este precioso número!. Y cuánto no deberíamos trabajar cada uno de nosotros por portener á él; Los justos cubren con un escudo á los pecadores y á los pueblos en que habitan; suspenden los rayos de la divina justicia que sus delitos provocan; y les consiguen de su misericordia tiempo para convertirse; y esto quiere decir que las obras de los justos, ó de los que están en gracia de Dios, son propiciatorias, y pertenecen á la comunión de los santos.

También son *impetratorias*, porque nos alcanzan del Señor gracias de conversión y de perseverancia. Así como las malas obras piden al cielo castigos, así también las buenas piden al cielo bendiciones y gracias. El fratricidio de Cain provocó las maldiciones del cielo sobre toda su descendencia hasta que vino á hundirse en el diluvio, es decir, por quince siglos y medio y la sangre inocente de Abel atrajo sus bendiciones sobre Seth y sus descendientes por más de catorce. La santidad de los Patriarcas fué un manantial de felicidades para el pueblo de Israel, y la de los primeros cristianos lo fue para el universo. Las virtudes de unos fieles alcanzaban del cielo gracias para formar otros fieles, y la constancia de unos mártires para preparar otros mártires. Es un hecho que la santidad y la sangre de los primeros cristianos contribuyó maravillosamente á la conversión del universo. Los santos Padres atribuyen á la sangre de San Estéban la conversión de San Pablo; y apenas habrá español que no sepa que la sangre de San Hermenegildo nos alcanzó del Señor la conversión de toda la nación goda y la extirpación de la herejía arriana en todo nuestro reino. Tanto pueden para con Dios las buenas obras. Ellas atraen sobre la tierra las bendiciones del cielo; ellas alcanzan á los pecadores gracias para convertirse, y á los justos para sostenerse en la virtud y adelantar en el camino de la salvación: por eso se llaman *impetratorias*, y pertenecen también á la comunión de los santos.

Finalmente, son *satisfactorias*, porque pagan la justicia divina aquella pena temporal que queda después de perdonada la culpa. Las obras buenas, en cuanto satisfactorias, aprovechan, *si se las aplicamos,* á las almas del purgatorio para pagar más pronto su

¹ Gen. XIX, 24.

deuda, y á los fieles que están en gracia de Dios, para satisfacer en esta vida las penas temporales que puedan deber por sus culpas ya perdonadas; mas no aprovechan á los fieles que están en pecado mortal, porque es evidente que no se puede perdonar la pena temporal que queda después de perdonada la eterna, hasta que no se haya perdonado la eterna, saliendo del pecado mortal que la motiva. Sin embargo¹, las buenas obras del pecador, hechas sin efecto actual al pecado, *es probable que, cuando se quite el óbice de la culpa*, pueden satisfacer la pena temporal de otros pecados ya perdonados, y por eso el pecador, aún hallándose en el infeliz estado de pecado mortal, debe hacer obras buenas, no sólo para detener el golpe de la ira del Señor y alcanzar de su piedad que lo saque de tan infeliz estado, sinó también para satisfacer á su divina Justicia por los pecados perdonados.

De todo lo dicho se sigue que los unos fieles tenemos parte en las buenas obras de los otros, en cuanto son propiciatorias, impetratorias y satisfactorias. En cuanto son meritorias sólo aprovechan al que las hace, si está en gracia de Dios, porque el que se halla en pecado mortal, nada absolutamente merece por más buenas obras qué haga. Aunque yo hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, decía San Pablo²; aunque tuviera el don de profecía; aunque conociera todos los misterios y poseyera toda la ciencia; aunque tuviera tanta fé que trasladara los montes; y aunque distribuyera todos mis bienes á los pobres y entregara mi cuerpo para ser quemado, si no tuviera caridad, esto es, si no estuviese en gracia de Dios, nada soy, nada me aprovecha. Soy como metal que suena, ó campana que retiembla. ¡Pintura lastimosa del hombre que está en pecado mortal! ¡Estado deplorable, que no debiera permitirle un momento de sosiego hasta salir de él! ¡Estado que le reduce á un miembro muerto del cuerpo vivo de la Iglesia.

¿Quién es la Iglesia? -Es la congregación de los fieles cristianos cuya cabeza es el Papa.

La Iglesia es la sociedad más admirable y magnífica que hay en todo lo criado, porque se compone de todos los ángeles y santos del cielo, de todas las almas del purgatorio, y de todos los fieles cristianos del mundo. A la porción de esta sociedad compuesta de los ángeles y santos del cielo, llamamos Iglesia *triunfante*, porque triunfan en él coronados de gloria. A la de las almas del purgatorio, llamamos Iglesia *purgante*, porque se purifican en él de las manchas que no lavaron en esta vida con la penitencia, Y á la de los fieles cristianos, llamamos Iglesia *militante*, porque caminan por este destierro á su patria que es el cielo, peleando, como militares, con sus enemigos del mundo, el demonio y la carne. Estas tres Iglesias, *militante*, *purgante* y *triunfante*, componen la Iglesia

¹ *S. Lig. Op. M. I, 6, n. 523.*

² I. Cor. XIII, I et sep.

de Dios, y se comunican entre sí como miembros de un mismo cuerpo místico, cuya cabeza soberana es Jesucristo. ¡Dichosa comunicacion que nos une espiritualmente con todos los amigos de Dios en su Hijo Jesucristo.

En virtud de esta comunicación, los ángeles interceden y ruegan á Dios por nosotros y le ofrecen nuestras oraciones y buenas obras. Jacob en su misterioso sueño¹ vió una escala que llegaba desde la tierra hasta el cielo, y ángeles del Señor que subían y bajaban continuamente por ella, para significar que estos espíritus celestiales llevan al cielo nuestras oraciones y buenas obras, las presentan acompañadas de sus súplicas y méritos á los pies del trono de Dios, y nos consiguen y traen á la tierra gracias y mercedes. En virtud de esta misma comunicación, se interesan también y ruegan por nosotros los santos. El Sumo Pontífice Onías² se apareció en el aire á Judas Macabeo orando por todo el pueblo, y extendiendo sus manos en ademán de protegerle y si tanto se interesaba por su pueblo este santo Pontífice estando aún en el limbo, ¿cuánto no se interesarán y rogarán por nosotros los santos que están en el cielo? En virtud de esta comunicación, también nosotros honramos, por nuestra parte, á los ángeles y á los santos, colocando sus imágenes en los templos, adornando con ellas nuestras habitaciones, y llevándolas sobre nuestro pecho. Les ofrecemos nuestros cultos y nuestros votos; les tomamos por nuestros patronos é intercesores y les dirigimos nuestras súplicas y nuestras pretensiones, para que, como amigos de Dios, las presenten á su Divina Majestad y sean bien despachadas.

Esta misma comunicación se verifica con respecto á las ánimas del purgatorio. Los ángeles y los santos piden á Dios por ellas, y desean ardientemente que salgan de sus penas y suban á acompañarles en la Gloria. Nosotros ofrecemos á Dios por ellas oraciones, limosnas, ayunos, trabajos, y sobre todo el Santísimo Sacramento del Altar. Y ellas, seguras de su eterna felleidad, desean con ánsia la nuestra, y cuando son trasladadas al cielo aumentan con su gloria la de los ángeles y los santos y con sus ruegos y nuestra protección, y en particular la de aquellos que han contribuído con sus buenas obras á acelerar la conclusión de sus penas, y adelantar su entrada en la gloria. De este modo se verifica que entre las Iglesias militante, triunfante y purgante haya una comunicación de bienes, como entre miembros de su mismo cuerpo, cuya visible y divina cabeza es Jesucristo.

A más de la comunicación que hay entre estas tres Iglesias que componen la Iglesia de Dios, hay otra entre los miembros de cada una de ellas. Los ángeles y los santos del cielo se comunican mutuamente su felicidad, y cada uno participa de la gloria de todos

¹ Gen. XXVIII, 12.

² 2, Mach. XV, 12.

los demás. Las almas del purgatorio participan de la dulce esperanza de todas sus compañeras: en medio de sus penas se consuelan mutuamente al contemplarse destinadas todas á ver á Dios y gozarle eternamente en el cielo. Y los fieles cristianos, nos comunicamos, según se ha dicho en la explicación anterior, nuestros bienes espirituales, como miembros de un mismo cuerpo, cuya cabeza visible es el Papa.

¿Quién es el Papa? -El sumo Pontífice de Roma, Maestro infalible en las cosas tocantes á la fé y á las costumbres cuando enseña á la Iglesia universal, y Vicario de Cristo en la tierra, á quien todos estamos obligados á obedecer.

Jesucristo es el buen Pastor, que dio su vida en una cruz por sus ovejas; es el Pastor de nuestras almas, que las compró á precio de su sangre; pero este Pastor divino, consumada la obra de nuestra redención, debía ausentarse de la tierra, y volverse al cielo de donde había venido, y para no dejar á su amado rebaño sin un Pastor visible que le guiase por entre los infinitos peligros y extravíos de este mundo al reino de los cielos, eligió entre los Apóstoles á San Pedro; y le encomendó el desempeño de este glorioso y supremo cargo.

La tercera vez que Jesucristo, después de su Resurrección, se apareció á sus Apóstoles y discípulos, dirigiéndose á San Pedro, le hizo estas preguntas: ¹ Simón, hijo de Juan (así se llamaba también San Pedro), ¿me amas más que éstos? Sí, Señor, respondió, Vos sabéis que os amo. *Apacienta mis corderos.* Otra vez volvió á preguntarle: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Sí, Señor, respondió, Vos sabéis que os amo. *Apacienta mis corderos.* Insiste tercera vez en su pregunta y le dice: Simón, hijo de Juan ¿me amas? Estristeciése entonces San Pedro, y creyendo que el Señor desconfiaba de su amor cuando tantas pruebas le pedía, respondió afligido: Vos, Señor, sabéis todas las cosas, Vos sabéis que os amo. *Apacienta mis ovejas.* Con estas palabras tan breves y amorosas, como llenas de poder y autoridad, encomendó á San Pedro y en él á todos sus legítimos Sucesores, no solamente los fieles significados en los corderos, sino también los Pastores, representados en las ovejas. Le constituyó Apóstol de los Apóstoles, Obispo de los Obispos, Príncipe de los Príncipes de la Iglesia, y Pastor universal de todo el rebaño y de todos los Pastores del rebaño. En fin, le declaró, no su sucesor, porque nadie puede serlo de Jesucristo, sino su Vicario y Cabeza visible de la Iglesia, de quien el mismo Jesucristo es cabeza invisible. Y como la Iglesia debe existir hasta el fin de los siglos, según su divina promesa, y ser siempre visible, también debe existir hasta entonces su cabeza visible, no en la persona de San Pedro, que, siendo mortal, pagó en Roma hace muchos siglos su tributo á la muerte, sino en sus legítimos Sucesores, que son los

¹ Joann. XXI, 15, 16, et 17.

Obispos de Roma, á los que llamamos Papas, que quiere decir *Padres*, porque lo son de todos los cristianos, á quienes todos los cristianos estamos obligados á obedecer.

Se ha dicho «Maestro infalible en lo que toca á la fé y á las costumbres cuando enseña á la Iglesia universal;» porque éste es dogma de fé, definido el año 1870 en el Santo Concilio Vaticano. Ha sucedido con esta verdad, lo que con la Inmaculada Concepción y anteriormente con otras muchas; que aunque la Iglesia lo ha creído desde sus principios, pero no ha declarado ser dogma de fé, de suerte, que no sea católico quien no lo crea, sino cuando las circunstancias lo han pedido. Nótese que «infalible» no quiera decir «impecable»; y que tampoco se dice que en nada puede errar, porque puede equivocarse, como otro cualquiera hombre, en sus juicios ó negocios particulares. Más como Jesucristo le dió, en la persona del Apóstol San Pedro, sus veces para enseñar á todos los fieles su doctrina y el camino del cielo, claro es que no había de permitir que enseñase á la Iglesia una cosa por otra.

Hay algunos que cuando á ellos no les gusta lo que el Papa manda creer ó tener, luego buscan evasivas y dicen que aquello no pertenece á la fé y á las costumbres; pero es querer hacerse ellos maestros del Papa, lo cual es un pecado mortal de los más graves. Véanse en particular las enseñanzas del Papa en este siglo, y cada cual podrá examinar delante de Dios su propia conciencia. En cuanto á obedecer, ha definido el mismo Santo Concilio que se entiende no solo en las cosas de fé y costumbres, sino también en las de disciplina ó del régimen de la Iglesia Católica.

Además del Credo y los Artículos de la fé ¿creéis otras cosas? -Si, Padre, todo lo que está en la Sagrada Escritura, y cuanto Dios tiene revelado á su Iglesia.

Todos los cristianos estamos obligados sopena de condenación eterna, á creer y confesar todo lo que está en la Sagrada Escritura y cuanto Dios ha revelado á su Iglesia, pero no de un mismo modo. Debemos creer y confesar los misterios y verdades contenidas en el Credo, no solamente en general, sino también en particular, sabiendo distinguir un misterio de otro misterio, y una verdad de otra verdad, y creyendo y confesando cada misterio y cada verdad en particular diciendo. Creo en Dios Padre Todopoderoso... y así todos los demás misterios y verdades del Credo; y esto se llama creer con fé *explícita* ó expresa. Lo demás que se contiene en la Sagrada Escritura, y que Dios tiene revelado á su Iglesia, bastará que lo creamos y confesemos en general, diciendo: Creo y confieso todo lo que creo y confiesa nuestra santa madre la Iglesia católica, apostólica, romana; y esto se llama creer con fé *implícita* ó incluida en la fé de la Iglesia. Y de este modo estamos obligados los cristianos á creer y confesar todo lo que está en la Sagrada Escritura, y cuanto Dios tiene revelado á su Iglesia¹.

¹ Véanse las explicaciones de los fólíos 22, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 42 y 43.

¿Qué cosas son esas? -Eso no me lo preguntéis á mi que soy ignorante, doctores tiene la santa madre Iglesia que lo sabrán responder.

-Bien decís que á los doctores conviene, y no á vosotros, dar cuenta por extenso de las cosas de la fé: á vosotros bástaos darla de los Artículos como se contienen en el Credo¹.

¹ *Véase el Apéndice.*

EXPLICACION DE LA LAMINA

**Jesucristo, nuestro Señor*, en el huerto de Getsemaní ó de las Olivas, orando al Padre celestial, y encargando á los Apóstoles: «Velad y orad, para que no caigais en la tentación»¹. Como Dios que es, no necesita orar; pero quiere darnos ejemplo. –El Angel se aparece ofreciéndole el Cáliz de la Pasión: el Señor, para probar en Sí nuestras miserias, siente repugnancia, hasta agonizar y sudar sangre. Padre, dice orando, si es posible, pase de Mí este cáliz; mas luego, unido á la voluntad del Padre, añade: «Pero no se haga mi voluata, sino la tuya.» Así dispuesto, bebe el cáliz de la Cruz, y salva el mundo. –Los Apóstoles duermen en tiempo de orar: y caen en la tentación abandonando á su Maestro. Lección importantísima! Que es preciso *orar* para no pecar. Jesucristo nos enseñó el modo. Y esto se explica en la *Segunda parte* del Catecismo.*

¹ *Matth. XXVI, 41.*



Velad y orad para que no caigais en la tentación. Matth. XXVI, 41.